Monika Zgustova

La intrusa

Retrato íntimo de Gala Dalí

Galaxia Gutenberg

MONIKA ZGUSTOVA

La intrusa

Retrato íntimo de Gala Dalí

Galaxia Gutenberg

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: mayo de 2018

© Monika Zgustova, 2018
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2018
Imagen de portada: Gala Dalí fotografiada por Lee Miller, *c*. 1930
© Lee Miller Archives, Inglaterra, 2018
Reservados todos los derechos
www.leemiller.co.uk

Conversión a formato digital: Maria Garcia
ISBN: 978-84-17355-62-3

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Dura como un minúsculo guijarro marino,
sensata como una mujer amante y amada,
apasionada como una amante abandonada,
tierna como la madre de un hijo en peligro,
dulce como un hijo enfermo,
silenciosa como el corazón de un bosque infinito,
enamorada como un joven animal ciego,
fría como una fruta a la sombra,
fuerte como los brazos abiertos de un roble milenario,
protectora como una gruta húmeda,
inocente como el huevo que acaba de abrirse,
pura como un hombre que recibe la extremaunción,
hábil como la trompa de una abeja vampira de las flores,
ágil como la carrera de una raíz por un suelo rocoso,
buena como el agua fresca de una fuente un día de mucho calor.

GALA DALÍ

I

LA MONTAÑA MÁGICA

La chica con el abrigo de piel bajó del tren en la estación suiza de Davos. Había subido en Moscú y el viaje, con varios trasbordos, había durado tres días. Y todavía tenía que desplazarse hasta un sanatorio en lo alto de las montañas nevadas. Empezaba el invierno de 1912.

Una vez en Clavadel –así se llamaba el sanatorio especializado en tuberculosis– la joven admiró las montañas a su alrededor: Les Grisons, le informó la enfermera que le había acompañado a su habitación. Entre las nubes se entreveía el sol, pero la muchacha de dieciocho años no se alegró porque sentía nostalgia de su hogar, sus padres y hermanos. Y también de la casa de los Tsvetáiev en la calle Tryojprúdny.

Allí Gala pasaba cada día varias horas en compañía de sus amigas, las hermanas Asia y Marina. Marina era una poeta joven que para Gala era la gran poeta rusa; conocía sus versos de memoria. Asia era su compañera de escuela, en el mejor instituto femenino de Moscú. Gala –que en Moscú se llamaba Galia– recordó que un día fueron con Asia a comprarle un sombrero. Fue a principios de aquel mismo año en la Costa Azul donde Gala-Galia se curaba de tuberculosis. Gala tenía entonces aspecto de adolescente, en cambio Asia parecía ya una señorita. La vendedora le preguntó a Asia: «¿El sombrero es para su hija?». Y las amigas se echaron a reír sin poder parar.

Con Asia solía dar largas caminatas por Moscú, recorriendo sus plazas y bulevares sin pensar mucho en los deberes, con más razón aún porque Gala

solía sacar sobresalientes en todas las asignaturas, especialmente en literatura y pintura. Fue durante sus paseos con Asia cuando desarrolló el hábito de caminar, tanto por las ciudades como por el campo.

–¡Basta! –se ordenó a sí misma.

No era la primera vez que Gala, cuyo verdadero nombre era Elena Dmítrievna Diákonova, se trataba a sí misma con brusquedad; no se permitía caer en la nostalgia. Su padre, al que perdió a los once años, había deseado que fuera Elena aunque su madre hubiera preferido el nombre de Galina. Su madre, Antonina Diákonova, y con ella todos los de su casa, además de sus amigos, la llamaba siempre Galia o Gala.

Gala había nacido el 7 de septiembre de 1894 en Kazán, una ciudad junto al Volga marcada por tradiciones asiáticas ancestrales, que se caracterizaba por ser una ciudad de mujeres fuertes y sensuales. El apellido de soltera de su madre, Deúlina, es un típico apellido tártaro de la región del Volga, aunque su madre provenía de Siberia, donde su familia tenía minas de oro. Pero Gala añoraba sobre todo Moscú con sus bulevares, la bien surtida biblioteca de su padre, envidia de sus invitados, y la casa de los Tsvetáiev, siempre llena de vida intelectual.

Mientras contemplaba las nubes que rodeaban el edificio y las altas montañas –el sanatorio se encontraba a 1.700 metros de altura– la muchacha intentaba luchar contra la melancolía, a veces con éxito pero muchas otras en balde. Se le aparecían imágenes de su madre y de su padrastro, al que Gala llamaba padre porque lo consideraba sinceramente su padre verdadero y que era una de las personas que más quería, hasta el punto de cambiar su patronímico de nacimiento, Ivánovna, a Dmítrievna; su segundo padre se llamaba Dmitri, Dmitri Ilich Gomberg, y era un abogado moscovita conocido. Su madre se casó con él poco después de la muerte de su primer marido. Si en un principio la familia habitaba una vivienda alejada del centro –un piso donde siempre olía a cebolla y los cubiertos eran de estaño, según Gala había oído decir a algunas de sus compañeras de clase–, al cabo de pocos años la familia se mudó a un piso grande en el barrio céntrico de Arbat, relativamente cerca de la casa de los Tsvetáiev.

Esas imágenes de su familia y amigos se le aparecían como fotos a la hora

de despertarse, la de las comidas y durante los varios reposos que los pacientes estaban obligados a guardar cada día. A veces tenía ganas de llorar al ver que otros pacientes estaban acompañados por los miembros de su familia. Pero se lo prohibía rápidamente: nada de llantos. Ese no era su estilo. Gala encerraba la tristeza en su interior y de cara para fuera mantenía la cabeza bien alta. Ella nunca retrocedía, siempre avanzaba.

En Suiza no tenía problemas de comunicación: en la escuela había aprendido el alemán y en casa hablaba el francés con Justine, el ama de llaves suiza. Sin embargo, nunca se deshizo de su acento ruso melódico y cadencioso que le proporcionaba cierto aire de misterio.

Estaba enferma. El médico del sanatorio había dicho que la tuberculosis estaba en su fase inicial y por lo tanto era fácil de curar, pero Gala no se fiaba de los médicos. De hecho no confiaba en nadie. Salvo en sus padres, claro. Lo que no le dijo al doctor era que sus padres estaban preocupados no solo por su dolencia física sino también por los frecuentes cambios en su estado de ánimo, que iban de la euforia a la más profunda melancolía, y por su condición mental; la muchacha había empezado a tener ataques de pánico. Pero seguramente el doctor lo tenía todo documentado en sus papeles porque le dijo como de paso que la tuberculosis puede venir acompañada de algún trastorno mental, nada grave. Luego le preguntó si se iba adaptando a su casa nueva en las nubes o si sentía añoranza. Le contestó que estaba bien, que no le faltaba nada y que hacía todo lo que podía para curarse. Nunca dejaba entrever a nadie sus reflexiones ni su estado de ánimo, con más razón aún por sentirse extraña en ese sanatorio que parecía un hotel de lujo adonde la gente acudía para descansar en el aire de montaña y la canción del viento.

Ella no tenía a nadie. Entraba sola en el comedor donde los comensales disfrutaban de los platos copiosos y buenos vinos que les recomendaban los médicos, y la miraban sin interés, despreocupados, sonrientes, bien acompañados. Al ver sus ojos indiferentes perdidos en ella, la muchacha tenía la sensación de que pensaban: «Pobre chica, tan joven y no tiene a nadie...». Pero ¡no era una pobrecita! Ella era una joven instruida, había acabado el instituto para muchachas y pronto entraría en la universidad. Sin embargo, sentía que allí era una intrusa, la muchacha solitaria, la rara. Y cuanto más

triste se sentía más alta mantenía la cabeza y más impenetrable persistía la expresión de su rostro.

Su consuelo era el icono de la virgen negra de Kazán a la cual rezaba al despertarse y al acostarse. Estaba convencida de que mientras tuviera el icono a su lado la virgen la protegería. Y los volúmenes de Tolstói y Dostoievski que había traído consigo de Moscú. Sobre todo Dostoievski, ¡qué bien comprendía las debilidades humanas! Luego descubrió una biblioteca en el sanatorio y casi cada día pasaba allí un tiempo leyendo, escribiendo cartas a sus padres y familiarizándose con todos aquellos libros que desconocía, un mundo ignorado que ansiaba descubrir.

Fue allí donde se fijó en un chico alto y rubio de su edad –o algo más joven– que también leía mucho. Hablaba en francés con la señora que le acompañaba y que sin duda era su madre; a menudo se referían a cosas que sucedían en París. «La ciudad anhelada, ¡París!», pensó ella. Cuántas veces habían soñado con Asia y Marina, sentadas en el pequeño sofá de la sala de estar de los Tsvetáiev, con viajes, trenes, ciudades nuevas, sobre todo París.

Un día vio que el muchacho escribía un poema. Al día siguiente, a la hora del descanso en las tumbonas dispuestas en el jardín de invierno, donde los pacientes tomaban baños de sol en una galería acristalada, lo descubrió a unos metros de distancia, separado de ella por varios pacientes. En una cuartilla esbozó un sencillo dibujo de él con forma de triángulo, titulado *Retrato de un joven poeta de diecisiete años* y se lo envió a través de los pacientes que los separaban. «Triangulísimo», escribió el chico y le devolvió la hoja por el mismo camino. Entonces Gala le hizo llegar una orden: «Esta noche usted cena conmigo.» La respuesta del joven rezaba: «Soy su discípulo.»

Aquella noche cenaron, naturalmente, con la madre de Eugène-Paul Grindel. Y gracias a esa cena, a partir de entonces Gala tenía una mesa a la que acudir para no encontrarse sola a la hora de las comidas. Además, la madre de Paul no tardaría en volver a París, dejando a su hijo al cuidado de las enfermeras. De modo que Gala pasaba días enteros en compañía de Paul. Ella, una joven madura que había llegado a cruzar media Europa sola, y él, Paul –así le llamaba ella, Paul– un adolescente de diecisiete años. Gala y él se convirtieron en inseparables. Hablaban sobre todo de literatura; el escritor al

que adoraba Gala era Dostoievski; el de Paul, Victor Hugo. Gala, que hablaba el francés a la perfección, con su acento suave, mencionó a Marina Tsvetáieva, su amiga poeta, pero ¿cómo podía conocerla un joven parisino si aún no la conocía ni la mayoría de la intelectualidad rusa?

Paul no escondía sus orígenes humildes ni su familia pequeñoburguesa a la que le asustaba todo lo nuevo o extraño; Gala no decía nada porque a su padre, un abogado liberal e intelectual, nunca le había faltado dinero y, nómada como su mujer, siempre había intentado abrirse al mundo.

La muchacha estaba encantada de que su nuevo amigo fuera poeta. Ella le prestaba todo su apoyo a la hora de escribir; le incitaba a la creación y le gustaba estar presente mientras él trabajaba. Desde que había conocido a Marina, sentía admiración por los poetas y por los creadores en general. Paul, casi un niño, se dio cuenta de que su amiga era mucho más madura que él y se sometió a su tutela con placer.

El sanatorio, donde la muerte era algo cotidiano, hacía lo que podía para distraer la atención de los pacientes y sus familias de la gente que moría. En febrero celebraba el carnaval con una fiesta de disfraces. Para el *mardi gras*, Gala decidió que ella y Paul llevarían el mismo traje: el de Pierrot. Entre las Carmen de Bizet, los maharajás y las Cleopatra destacaba una pareja vestida de blanco y negro: con las caras maquilladas, las cejas arqueadas y los ojos pintados con rímel, ambos jóvenes iban cogidos de la mano y bailaban siempre juntos como un solo cuerpo indivisible; no se distinguía al hombre de la mujer, ambos eran seres andróginos y asexuados como dos ángeles, como una sola persona reflejada en el espejo. Gala llevaba en el pecho la silueta de un gato, su animal preferido; seguramente sentía que en más de un aspecto ella misma tenía mucho en común con los felinos, sobre todo la sensualidad y la independencia. Fue aquella noche cuando los Pierrot empezaron a tutearse.

Ma vie est terrestre mais belle
Mon idéal n'est plus aux cieux,
Et je lance ma ritornelle
Pour les étoiles... dans tes yeux![1]

Ese es el poema que escribió Pierrot-Paul y lo lanzó al regazo de Pierrot-Gala. Poco después Paul empezó a firmar sus poemas como Paul Éluard.

EL ACONTECIMIENTO QUE TRASTORNARÍA LA VIDA

Tras más de un año de enamoramiento en el ambiente cerrado del sanatorio en la montaña mágica encima de Davos, a Paul y a Gala les dieron el alta: en abril de 1914 los consideraron curados. Gala volvió sola a Moscú, a Paul le fue a buscar su madre para llevárselo a París. Antes de separarse, los *amoureux* se juraron amor eterno, convencidos de que volverían a encontrarse muy pronto.

Ninguno de los dos podía intuir que solo tres meses más tarde Austria-Hungría declararía la guerra a Serbia y así empezaría un conflicto bélico que pronto se convertiría en mundial. Y aquella guerra se llevaría a Paul primero a la retaguardia y luego, a petición del joven, guiado por el sentimiento de solidaridad con los soldados, a las trincheras.

Gala pasó la guerra en Moscú, en el piso del barrio céntrico e histórico de Arbat donde ahora vivía con su familia. Ya entonces se hacían notar los primeros avisos del acontecimiento que se avecinaba y que trastornaría la vida de la ciudad y del país entero: la revolución.

«Fue en aquel mismo piso –apuntó Gala más tarde–, donde nos tocó vivir uno de los periodos de agitación y nerviosismo preliminares a los grandes acontecimientos decisivos. Moscú llevaba ya algún tiempo preparándose para sucesos terribles; la ciudad estaba inquieta, circulaban por todas partes rumores inquietantes. Un día, hacia las siete de la tarde, cuando estábamos cenando, todos sufrimos una fuerte impresión y luego nos quedamos horrorizados por unos ruidos espaciados y ensordecedores como si una fuerza colosal arrojase al suelo desde muy alto una enorme cantidad de hierros viejos. El ruido parecía ir acercándose más y más, ya estaba muy cerca y era

formidable, nos parecía que sonase en nuestro patio. María, la cocinera, una mujer bastante vieja que estuvo veinte años al servicio de mis padres, se puso a llorar y a agitarse, salió un momento y reapareció llevando a la espalda un gran fardo en el que había metido sus bienes más preciados. Se arrodilló y pidió perdón a mi padre y a mi madre, suplicándoles que la dejasen escapar de la catástrofe que se avecinaba. Después de abrazarnos entre sollozos, abrió la puerta para salir, pero se encontró con un soldado con una bayoneta que la empujó de vuelta al vestíbulo mientras la insultaba groseramente, aunque añadiendo un tierno "abuelita". Luego, gritando: "Nadie puede abandonar esta casa", cerró la puerta y nos dejó solos. Ya muy avanzada la noche cesó la fusilería y los cañonazos; cañonazos, porque incluso trajeron unos cañones pequeños y a la mañana siguiente se empezó a hablar de una intriga o complot combinado por el cuartel general de la policía, que estaba contiguo a nuestra casa.»

VIAJE A TRAVÉS DE LOS PAISAJES DE LA GUERRA

Tras su experiencia en Davos, Gala vivía con la conciencia de que la vida puede acabarse en cualquier momento porque la muerte acecha en todas partes. Tenía ganas de vivir al máximo pero su amor estaba lejos. La chica recayó en la enfermedad. Pasaba días solitarios encerrada en su habitación con el termómetro en la boca y una pluma en la mano: escribía a diario a Paul y no respiraba sino para el reencuentro. Pero los paisajes que separaban a Paul de Gala eran los de una lucha a muerte y mucha sangre derramada.

En 1916, tras dos años de negativas, Gala logró convencer a su familia para que la dejasen ir a París a pesar de la guerra. Entonces escribió a Paul: «Lo hago todo por ti, siempre lo haré todo por ti. No puedo vivir sin ti, te echo de menos como a algo absolutamente necesario, algo indispensable». Y firmó la carta: «Tu mujer para siempre».

Gala tenía un ejemplo a seguir: su amiga Marina Tsvetáieva que también se había ido de viaje a París sola; cuando la poeta regresó, las dos chicas fortalecieron su amistad. Además, Gala no era una joven como otras: tenía una voluntad de hierro y una gran perseverancia. Era una romántica y una apasionada: por aquel a quien amaba hubiera sido capaz de hacer cualquier cosa. Gala siempre necesitaría amar y sentirse amada y deseada; entonces era capaz de mover montañas. Si las mujeres pudieran dividirse en distintos tipos según las diosas griegas, Gala sería Afrodita.

Los padres de Paul desplegaron una resistencia extraordinaria contra «la pequeña rusa», esa extranjera, esa intrusa con la cual su hijo ansiaba casarse. Hasta que Paul les escribió desde el frente diciendo que Gala pronto llegaría a París. Ni así sus padres se dieron por vencidos y afirmaron que esa mujer no pisaría su casa. Entonces Gala dirigió una carta a la madre de Paul buscando pacificar la situación. «Querida señora –escribió–, quizá sea demasiado ingenua, porque sin conocerla bien, le pido sosiego y serenidad.» Y firmó como quien hace un guiño: «La pequeña rusa, Gala».

Eso tranquilizó algo a la madre, también porque su hijo único, que se hallaba en el frente, en aquel momento aún más recrudecido, deseaba reunirse con su novia. Sin embargo, el padre escribió a Paul: «Hablaremos de la boda después de la guerra. En este momento es imposible. Tengamos paciencia, querido niño».

Mientras tanto, Gala en Moscú preparaba el equipaje; una maleta bastante pequeña para que no le estorbara durante el viaje. La acompañaría Justine, la ama de llaves suiza de la familia: en aquella época insegura Justine prefirió regresar a su país. Puesto que no podían cruzar Turquía y aún menos Alemania, países que se hallaban en plena tormenta, ambas mujeres decidieron pasar por Helsinki y Estocolmo y de allí dirigirse hacia Londres por el norte de Europa. En Londres tomaron un tren a Southampton y de allí se fueron en barco a Dieppe. En Dieppe otro tren las llevó a París donde las esperaba madame Grindel, la madre de Paul. Se extrañó al ver el exiguo equipaje de Gala. Y llevó a la chica a su casa donde la invitó a instalarse en la habitación de Paul.

Cuando Gala hubo descansado, tuvo una sorpresa desagradable. Hija de la

intelligentsia rusa, acostumbrada, además, a vivir en Moscú en un piso espacioso y lleno de luz en pleno centro de la ciudad, el piso de los Grindel, situado en un barrio popular entre Porte de Clignancourt y Porte de la Chapelle, le parecía minúsculo y oscuro; además los olores de las cocinas impregnaban la escalera estrecha y empinada; el conjunto resultaba deprimente. No obstante, la chica, contenta de haber conseguido lo que había deseado durante dos largos años, pronto buscó la manera de empezar una vida nueva. Se inscribió en clases de francés y dibujo. Leía mucho, sobre todo poesía. Fue entonces cuando en la biblioteca de Paul descubrió a Baudelaire, que se convirtió en su poeta preferido. Cada tarde, en casa, la señora Grindel le hacía un dictado. Y cada día Gala escribía cartas, en su francés aún bastante peculiar aunque comprensible y expresivo, a Paul, en el frente.

«Haz lo posible para que te vuelvan a nombrar auxiliar –le dijo el 25 de noviembre de 1916–, y no ir nunca al fuego, a las trincheras. Te aseguro que un año más y habrá acabado la guerra. Hay que utilizar todas las fuerzas para poder salir vivos de esta pesadilla. Y luego nunca lamentarás tu vida pasada, nunca, te lo prometo, porque nuestra vida será gloriosa y magnífica. Presérvate, preserva tu vida que es más que preciosa, lo es todo para mí. Es yo misma, me pierdo en ti.»

En uno de los permisos, Paul y Gala se casaron; fue el 21 de febrero de 1917. Gala tenía veintidós años, Paul veintiuno. Se casaron primero en el ayuntamiento del barrio, luego en la iglesia parroquial de Paul, cuyos fundamentos databan del siglo v. Gala llevaba un vestido verde –los tonos oscuros armonizaban con la época de guerra– con el cuello y los puños adornados con un encaje blanco que iluminaba la tez morena de la novia. Pasaron la noche de boda en un hotel.

Gala consiguió lo que había anhelado. Era una mujer que sabía imponer sus deseos y salirse con la suya.

Semanas después de su boda estalló en Rusia la revolución de febrero. En octubre se extendió por todo el país otra revolución. En aquel entonces Gala estaba embarazada y el pasado que representaba su familia rusa empezó a invadir con frecuencia sus pesadillas nocturnas: ¿cómo estarán mis padres?, ¿y mis hermanos, qué harán en estos tiempos?, se preguntaba. Sus padres no podían escribirle con frecuencia porque en Rusia se había instaurado la censura; sin embargo parecía que toda la familia estaba a salvo, aunque llegaban noticias sobre una gran hambruna.

Un día frío y lluvioso de mayo de 1918 nació Cécile. Gala hubiera preferido un niño. Lo cierto es que se encontraba mejor en compañía de los hombres; desde que se había marchado de Rusia y había dejado atrás a Marina y Asia no tuvo más amigas. Al saber que era una niña, dejó que el padre, que había conseguido permiso para ver a su hija, eligiera su nombre. Ella sabía cómo se hubiera llamado un hijo varón: Pierre, para hacer juego con Paul.

Gala no tardó en descubrir que no estaba hecha para la maternidad. En una foto se la ve con el bebé en el regazo y en su cara se lee claramente que le gustaría estar en la otra orilla de la vida, en cualquier sitio menos allí, con su hija recién nacida sobre las rodillas. Paul se hallaba en el frente y Gala, con sus obligaciones nuevas, empezó a sentirse como algo que jamás había aspirado a ser: una ama de casa y una madre que cuida de sus hijos. Durante semanas se encontró sumida en depresiones profundas porque la vida nueva, que tanto había anhelado estando en Moscú, no la satisfacía. Siendo madre se sentía como transformada: había desaparecido la chica ligera que volaba adonde le apetecía; las obligaciones maternales eran cadenas de hierro atadas a sus pies. El pasado le resultaba indiferente, el presente no la convencía y el futuro no tenía ninguna forma, al menos mientras Paul estuviera lejos a pesar de que la guerra ya se había acabado.

No fue hasta 1919 que Paul fue desmovilizado. El joven que regresó era alguien muy distinto del adolescente que Gala había conocido durante su estancia en Davos. Llegó un hombre al que la guerra había mostrado demasiadas cosas terroríficas sobre la naturaleza humana; sin embargo, no le hizo perder su ilusión de entregarse a la relación con la mujer amada. Paul tenía ganas de descansar en el seno de su familia y llevar una vida tranquila,

cotidiana junto a su mujer y su hija. Empezó a trabajar en el despacho de su padre donde se dedicaba a llevar la contabilidad de la empresa familiar, una agencia inmobiliaria, que después de la guerra iba viento en popa. No era un trabajo exigente pero sí aburrido; sin embargo, Paul, entusiasmado de haberse reunido con Gala y Cécile, no se quejaba.

Por las noches él y Gala leían poesía en voz alta. Era Gala la que insistía en que Paul continuara escribiendo, la que lo sostenía. Tenía ganas de vivir al lado de un creador, un poeta. Nada le gustaba tanto como leer poesía. Él volvió a escribir poemas –la guerra había madurado su visión del mundo– y su mujer le daba su opinión sobre ellos; así los trabajaban hasta que quedaban satisfechos.

Gala dedicaba la mayor parte de su tiempo libre a la lectura, tanto que llegó a ser una mujer leída y culta y eso la convirtió en una crítica excelente y aguda de todo lo que había leído. Por eso era de gran ayuda a Paul a la hora de elaborar la versión final de sus poemas. Durante mucho tiempo, Éluard no se atrevía a publicar sus poemas sin que los revisara Gala. ¿Y ella? Aspiraba a la soledad junto al hombre que amaría.

Cuando apareció publicado el primer libro de poesía de Paul, *Poemas para la paz*, en la noche del 18 al 19 de julio, en Ekaterimburgo fue asesinada la familia imperial: el zar, la zarina y sus cuatro hijos. La tragedia, al igual que las noticias sobre las masacres de intelectuales, y no solo de ellos, que tenían lugar en Rusia, impresionó profundamente a Gala. Su familia permaneció en Moscú; su amiga Marina Tsvetáieva sufrió la penuria de la época revolucionaria y después abandonó el país pasando los primeros años de exilio en Praga, antes de trasladarse a París. Gala llegó a odiar con todo su ser a los que trajeron la barbarie a su país.

Mientras tanto la joven, a la cual, desde que era pequeña, lo que más le interesaba era la literatura y la pintura, se cansó de la mediocridad de su vida. Entre las cuatro paredes de su hogar solía caer en la melancolía. Se sentía atrapada por su condición de ama de casa. El gran enemigo de Gala –al igual que para su amiga Marina– era todo lo que expresa la palabra rusa *byt:* la tediosa cotidianidad de hacer la compra, las camas, cocinar, lavar, ocuparse de la familia: todo lo terrenal que impide el vuelo de la mujer. A veces se

pasaba días sin ocuparse de la casa para poder leer los poemas rusos nuevos, poemas largos, como *Los escitas* y *Los doce*, que eran la respuesta del poeta Aleksandr Blok a la revolución. Gala conseguía esos libros en las librerías rusas de París. Tanto para ella como para muchos rusos solo los escritores conocían la verdad. Para Gala, una mujer nada cartesiana, era en la irracionalidad de la poesía y de la pintura donde se hallaba la verdad última sobre el yo y el mundo.

Entonces tomó una decisión: empezó a compartir las obligaciones maternales con su suegra y unas tías de Paul, todas ellas encantadas de tener a la pequeña Cécile a su cargo. Pero aunque se sintiera liberada sin la niña, Gala no tenía ningún proyecto personal y con frecuencia caía en la depresión: se sentía una intrusa en esa ciudad donde salvo su marido nadie la necesitaba. A menudo enfermaba y se pasaba días tendida en el sofá. Luego resurgía y se lanzaba a las calles y las plazas de París, a descubrir barrios nuevos y a comprarse perfumes y ropa nueva, libros y detalles decorativos para la casa.

Por aquel entonces, Paul había conocido a tres poetas jóvenes que juntos llevaban la revista *Littérature:* André Breton, Philippe Soupault y Louis Aragon; más tarde, el poeta dadaísta Tristan Tzara y otros se unieron a esos vanguardistas que buscaban romper con las tradiciones del pasado y crear un arte radicalmente nuevo.

Gala, una mujer atrayente y cautivadora, original e interesante más que hermosa, nunca se quejaba ante Paul de su situación económica; al contrario, siempre lo estimulaba a la hora de llevar a cabo sus proyectos intelectuales y creativos. Lo alentaba a unirse a los amigos dadaístas y surrealistas nuevos y a publicar sus poemas en la revista.

A veces acompañaba a su marido a las reuniones con los vanguardistas, liderados por André Breton, guía intelectual del grupo, mientras tomaban un largo aperitivo o un café en el Cyrano o el Certa, y se entusiasmaban con sus lecturas nuevas. Su esposo, un hombre dulce y bonachón que adoraba a su mujer, nunca supo rechazar ninguno de sus anhelos y si ella lo deseaba, iba con él a las reuniones. Pero aquí también Gala notaba que era una extraña que no sabía ganarse la simpatía de los compañeros de Paul. Gala percibía que se entrometía allí donde no la llamaban. A la joven le importaba que la

aceptaran, no quería sentirse rechazada. Sin embargo no sabía cómo ganarse a esos jóvenes intelectuales parisinos. Además se daba cuenta de que toleraban su presencia entre ellos por respeto a Paul, pero no despertaba entusiasmo. En este punto Gala empezó a pensar que la relación con los demás no dependía de ella. A partir de entonces empezó a tenerle sin cuidado.

ETERNAMENTE HERMANOS

En verano de 1921, los Éluard partieron de vacaciones a la Costa Azul para curar los resfriados y mareos persistentes de Gala; como de costumbre, a Cécile la dejaron con los abuelos paternos. Gala no parecía mejorar hasta que la pareja se trasladó de la costa al pueblo de Tarrenz, en el Tirol. Paul y Gala dedicaron todo el mes de octubre a pasear por los bosques y los lagos y hacer largas excursiones por las montañas de la proximidad del pueblo. El paisaje les recordaba su estancia en el sanatorio de Davos donde se habían conocido y enamorado; también aquí, en los Alpes austríacos, Gala y Paul solían pasear cogidos de la mano o abrazados. Al final de su estancia, alegres y bronceados por el sol de montaña, decidieron desplazarse a Alemania para conocer a ese pintor dadaísta, tan admirado por Tristan Tzara, cuya exposición se habían perdido en París mientras estaban de vacaciones.

El 4 de noviembre tocaron el timbre en el número 14 del Kaiser-Wilhelm-Ring, de Colonia. El nombre en la puerta del taller rezaba: Max Ernst.

Les abrió un joven rubio con los ojos celestes, que parecía tener su edad –Gala entonces tenía veintisiete años, Paul veintiséis– aunque ya había cumplido los treinta. Les dijo riendo que le llamaran Dadamax. Reía con mucha facilidad y parecía que no se tomaba la vida muy en serio. Les presentó a su mujer, Lou, y a su hijo Jimmy.

A lo largo de la semana que duró su visita, los dos artistas, Paul y Max, llegaron a ser amigos incondicionales. Ambas parejas visitaban galerías y museos, caminaban a lo largo del Rin y no se acostaban hasta muy entrada la

noche, Jimmy incluido. Ríos enteros de vino del Rin y del Mosela acompañaban sus tertulias alegres.

Paul y Gala tardaron en entender las obras de Dadamax. Costaba comprender que Ernst, ese pintor con una sonrisa a flor de labios, llevaba dentro fantasmas que provenían del trauma que le había causado la guerra, de hecho como al propio Paul. Max encontraba el movimiento dadá, con su libertad de expresión, con su apertura a todo lo nuevo y su mezcla de estilos, ideal para exteriorizar las pesadillas posbélicas. De hecho Paul y Max, que se proclamaron hermanos, habían luchado en la guerra en bandos opuestos; por eso en los días que pasaron juntos, con una copa en la mano, aquellos dos jóvenes que el arte hermanaba se referían a la contienda como a una guerra fratricida.

Con Gala, los tres juntos eligieron once collages de Max para ilustrar la próxima colección de poemas de Paul, *Repeticiones*. Max pintó un retrato de Paul: un hombre que respira por medio de unos tubos. Y también elaboró un *collage*. Le puso un título enigmático: *Perturbación mi hermana*.

Unos meses más tarde, Paul volvió a Colonia para entregar personalmente a su nuevo hermano la colección de *Repeticiones* acabada de publicar. El poema que encabezaba el libro rezaba:

> *Dans un coin l'inceste agile*
> *Tourne autour de la virginité d'une petite robe*
> *Dans un coin le ciel délivré*
> *Aux épines de l'orage laisse des boules blanches.*[2]

El arte no miente; quedaba todo claro. Es en sus obras donde un artista deposita sus intuiciones más profundas. Si Max Ernst hablaba de perturbación en referencia a su hermana nueva, la mujer de su hermano, Paul Éluard mencionaba un incesto por medio de un vestidito que se interpone entre dos hermanos, y, además, de una tormenta. Desde el principio estaba todo dicho.

Para celebrar la publicación, en la semana de Pascua de 1922, ambas parejas se encontraron en los Alpes para esquiar juntas. En una foto sacada durante esas vacaciones, una Gala vestida a la última moda de esquí –falda

larga, pelo corto y mullido, jersey grueso y una armilla hasta la cintura– se mantiene en sus esquís entre Paul y Max, aunque más cerca de Max, como si ellos fueran la pareja mientras que Paul, un soñador, no los acompañara del todo. Lou no figura en la imagen, seguramente fue ella quien sacó la fotografía.

Como si aquel retrato de un triángulo predijera la historia que estaba a punto de desarrollarse; durante el verano siguiente los acontecimientos se precipitaron.

ENTRE POETA Y PINTOR

Las familias Éluard y Ernst decidieron pasar juntas las vacaciones de verano en Tarrenz con sus amigos Hans Arp y su novia Sophie Taeuber, Tristan Tzara y su compañera Maja Chrusecz, y Matthew Josephson, un periodista de la revista norteamericana *Broom*, encargado de escribir una crónica sobre los dadaístas. Como siempre, Paul y Gala habían dejado a Cécile con sus abuelos. Alquilaron una casa a la orilla del lago mientras que los demás se alojaron en el hotel Post. Los Tzara, los Arp y Josephson fueron testigos de cómo se formó el romance entre Gala y Max, y dejaron textos que lo testimonian. Mientras todos salían de picnic juntos, Gala y Max se separaban para dar paseos solitarios por la orilla del lago o senderos ocultos en el bosque. Así es como Gala misma describe la sensación de su enamoramiento: «Era algo tan fresco. Sí, aquella sensación de frescura me penetraba por entero, el aire, el olor, la mano de mi compañero y las palabras liberadas de las contradicciones, de las complicaciones, de los deseos aún ocultos pero ya nacientes...».

Ninguno de los dos escondía nada. Paul, seguramente para expresar de esta manera su confianza en ambos, no esbozó ningún gesto de censura, al contrario, se mostraba generoso como si el pintor no le estuviera arrebatando lo más precioso que tenía. Al final Max Ernst dejó a Lou y Jimmy en su habitación de hotel y se fue a vivir a casa de Paul y Gala. Pero mientras Paul se comportaba con suavidad y comprensión y Max actuaba con absoluta

desenvoltura, Gala no podía soportar aquella situación. Incapaz de decidirse por uno de los hombres, se mostraba desasosegada, irritable, agresiva e iracunda y empezó a montar escenas de histeria. «¡Es una pesadilla, es intolerable! –escribió Tzara–: ¡Gala con sus dramas de Dostoievski!» Nadie quedó satisfecho con aquellas vacaciones en el Tirol, salvo, tal vez, Max.

Al acabarse el verano, Max acompañó a Lou y Jimmy a Colonia y luego decidió trasladarse a París. Y puesto que no tenía dinero ni otros amigos que el poeta y su mujer, se instaló en casa de Paul y Gala en Saint-Brice.

PINTAR A GALA

Max Ernst pintó a Gala desnuda, sonriente, con el cuerpo abierto desde los pulmones hasta el pubis y los órganos a la vista. Al lienzo lo llamó *La belle jardinière*. La pintó también en el cuadro *Le rendez-vous des amis* como única mujer en un grupo de hombres, alguien que está y no está en el grupo de surrealistas –entre los cuales está cómodamente sentado Fiodor Dostoievski– y hace ademán de separarse. Además pintó las paredes y el techo del palacete de Eaubonne, a dieciocho kilómetros de París, donde se trasladaron los Éluard; Paul había ganado dinero trabajando con su padre y quiso que la enfermiza Gala respirara aire limpio en las afueras de la capital. Ernst cubrió la superficie con los fantasmas de la guerra y de su infancia. Gala estaba encantada de que su amante le ayudara a transformar aquel interior burgués en un espacio surrealista, en una villa embrujada con paisajes oníricos y figuras transparentes a través de las cuales se distinguen mares y lagos y plantas exóticas que Max inventaba. Mientras él pintaba, Gala permanecía a su lado. Si antes Max no permitía que nadie, ni Lou ni Jimmy, entraran en su taller mientras trabajaba, ahora no podía prescindir de la compañía de Gala, que seguía cada pincelada con paciencia y admiración. Como cuando escuchaba a Paul recitarle sus poemas.

Cada mañana Paul salía de casa y se trasladaba en tren a París donde

trabajaba en el despacho de su padre. Almorzaba en casa de su madre y solo regresaba a casa a la hora de cenar. Mientras tanto Gala, con la pequeña Cécile dando vueltas alrededor de ella, hacía compañía al pintor que no tenía dinero para comprar lienzos, así que plasmaba sus fantasías en las paredes.

Del trío que habitaba el palacete únicamente Max campaba a sus anchas. Gala estaba susceptible y enojadiza, no encontraba su sitio, se percibía como una intrusa que iba destruyendo la fuerte amistad que existía entre Max y Paul.

EL GRAN PIE DE MÁRMOL PERDIDO EN UNA CALLEJUELA DE ROMA

A finales de 1923, Gala y Paul viajaron a Roma. Gala escribió más tarde: «Partí para Roma, el Palatino, la plaza de la fuente, el gran pie de mármol gris perdido en alguna callejuela olvidada, el San Pedro de Roma otra vez y otra vez el Palatino y las abruptas murallas romanas. Cuánta sensatez me enseñaron, volviendo a despertar en mí aquel orgullo hostil...».

Tras admirar los muros eternos de la ciudad, la pareja visitó a uno de los primeros surrealistas, Giorgio de Chirico, que exponía su obra en la Bienal. Después de visitarla el pintor los acompañó a su taller. Gala y Paul compraron varias pinturas de De Chirico, entre ellas *Trobador*, *Ulises* y el autorretrato del pintor con ramas de laurel. Gala le pareció al pintor una verdadera intelectual europea, además de una mujer encantadora.

De Chirico retrató a Paul y Gala: el poeta está perdido en sus pensamientos mientras mira el cielo, ella observa a su esposo con la intensidad que la caracterizaba. Gala es el personaje principal en el retrato, ella es el verdadero foco de interés del pintor. A su espalda surge una mano enigmática que parece estar a punto de posarse sobre ella, de arrebatarla: De Chirico tampoco resistió los encantos de la joven rusa. El retrato lleva la inscripción: «Para Paul y Gala, mis amigos en cualquier parte y siempre».

Y Gala apuntaba en su cuaderno consejos para sí misma: «Tienes los

huesos pequeños y eres salvaje y no sabes qué piensan los demás, guarda las distancias, porque ya de niña eras solitaria. Vale más así. Apóyate en estos grandes muros majestuosos de las ruinas romanas, y no pienses en nada».

De Chirico dedicó a Gala un ensayo que había escrito bajo la influencia de sus conversaciones sobre algunos aspectos técnicos de su pintura, por ejemplo cómo lograr los colores, la transparencia y la luminosidad: «Escrito para madame Éluard, se lo dedico con todo mi respeto. Enero de 1924.»

En verano Giorgio de Chirico visitó a sus amigos en París pero encontró una fuerte oposición a su pintura posterior a 1918 por parte de André Breton y, bajo su influencia, de todos los demás miembros del grupo surrealista. La persona que conservó su amistad intacta fue Gala, con quien De Chirico se encontró en el Café de la Paix. Gala le ofreció hablar con su padre, que vivía en Moscú, sobre la posibilidad de adquirir algunos cuadros del italiano.

INDOCHINE MON AMOUR

Los versos que Éluard compuso en aquel fatídico año de 1924 dejan entrever su desolación, el hecho de verse desterrado del amor de Gala que se inclinaba cada vez más por el pintor. Éluard escribió:

Le désespoir n'a pas d'ailes,
L'amour non plus [...]
Je ne bouge pas,
Je ne regarde pas,
Je ne leur parle pas.
Mais je suis bien aussi vivant que mon amour et que mon désespoir.[3]

Y llegó un día en que Paul Éluard se desvaneció. Ocurrió el 24 de marzo de 1924. No apareció ni en casa ni en el trabajo, sus amigos no estaban al corriente de nada. Ni Gala ni Max sabían si se había ido definitivamente de

casa o si se había suicidado. Solo el padre de Paul había recibido un telegrama la misma mañana de su evasión: «No puedo más, me voy de viaje. Me llevo el dinero que tengo aquí, 170.000 francos. –Paul se refería al dinero que había encontrado en la caja de la agencia–. No me eches detrás la policía, ni pública ni privada. Al primero que se me meta por en medio le apañaré yo para que no vuelva a molestarme».

El grupo de los surrealistas y dadaístas tampoco sabía cómo interpretar la huida, aunque varios de ellos, sobre todo Marcel Noll y Louis Aragon, habían sido sus compañeros durante las noches en las que intentaba ahogar su angustia y desesperación en las champañerías. El libro que acababa de publicar, *Mourir de ne pas mourir*, incluye, entre otros, estos versos desolados:

> *Larmes des yeux, les malheures des malheureux,*
> *Malheurs sans intérêt et larmes sans couleurs.*
> *Il ne demande rien, il n'est pas insensible,*
> *Il est triste en prison et triste s'il est libre. [...]*
> *Une ombre...*
> *Toute l'infortune du monde*
> *Et mon amour dessus*
> *Comme une bête nue.*[4]

Tres días después de la huida del poeta, André Breton tuvo algo que decir al grupo: lo comunicó solemnemente por la tarde, a la hora del aperitivo en el café Cyrano: se había cruzado por la calle con Gala. La encontró tranquila, con ganas de ponerse a trabajar.

Tras la desaparición de Éluard el grupo de dadaístas y surrealistas se apartó de Gala que, por otra parte, nunca había acabado de caer bien. A algunos, la joven rusa les resultaba interesante por su condición de extranjera: por su pronunciación palatalizada, dulce, del francés y su acento cadencioso que nunca perdió, por sus altibajos emocionales que expresaba con más vehemencia de lo que haría un occidental. Su misterio fue proverbial, tal vez se debía al hecho de que Gala se mantenía en silencio: siempre prefería escuchar y aprender que brillar. En su novela surrealista *Nadja* André Breton

se inspiró parcialmente en Gala y sus largos paseos por la ciudad.

No obstante, pocos le profesaron un aprecio auténtico y aún menos cariño. De modo que al marcharse su marido, Gala se quedó sola, únicamente con Max Ernst para consolarla. Sin embargo, el pintor no tenía ni dinero ni contactos y dependía enteramente de la benevolencia de sus amigos: aunque se pasaba los días pintando, sus cuadros no parecían interesar a los compradores franceses de la época.

Y efectivamente, tras meses de sufrimiento entre dos hombres, durante los cuales no se sentía feliz ni con uno ni con otro, después de frecuentes escenas con gritos, provocadas por su estado de nervios, Gala acabó calmándose. Se tranquilizó en el momento en que la vida le puso un cuchillo en el cuello como un mensaje: actúa o perecerás. Decidió ponerse a trabajar, ella que no había acabado sus estudios porque la enfermedad se lo había impedido. La huida de su esposo la ayudó a volverse expeditiva.

Tras la Revolución de Octubre de 1917, París, junto con Berlín y Praga, se había convertido en uno de los grandes centros de refugiados políticos rusos; muchos de ellos provenían de los círculos de la *intelligentsia*. La mayoría de ellos, aunque cultos e instruidos, no encontraron un trabajo digno de su preparación. A pesar de que no frecuentaba demasiado el ambiente de los exiliados rusos, Gala sabía que un compatriota suyo, Iliá Zdanevich, llamado Iliazd, escritor y artista cercano al dadaísmo y surrealismo, estaba ganando mucho dinero vendiendo pañuelos pintados por la artista Sonia Delaunay. En una carta, Gala le pidió a Iliá un consejo sobre cómo vender a domicilio. Su plan era el de comprar pañuelos de seda blancos y venderlos, pintados por Max Ernst, puerta a puerta.

En esa época cuando nadie –o casi nadie– tenía noticias de Paul Éluard, los vanguardistas parisinos enterraron definitivamente el dadaísmo y se inclinaron por un nuevo movimiento al que le pusieron el nombre de «surrealismo», palabra extraída de la obra de teatro *Les mamelles de Tirésias*, de Guillaume Apollinaire. Éluard no participó en estas decisiones. Como se supo más tarde, el 15 de abril había embarcado en Niza en un carguero mixto, haciendo escala en las Antillas, luego en Panamá y, tras seis semanas de travesía, había desembarcado en la isla de Papeete, en Tahití. A pesar suyo no

pudo dejar de escribir a Gala: «Eres la única preciosa, solo te quiero a ti. Siempre te he querido solo a ti. Te beso por todas partes. Solo he pensado en ti todos los minutos de tu ausencia». Paul había intentado olvidarse de ella con un viaje largo y exótico pero no lo consiguió; la lejanía no hizo sino poner en relieve sus sentimientos. «Ven a mi lado», le escribió una y otra vez, y le mandó dinero para que pudiera reunirse con él en Saigón.

Gala se decidió rápidamente; que alguien la abandonara solo recrudecía sus ataques de pánico. Max la acompañó en aquel viaje. Tras cuatro meses de separación el trío se volvió a reunir; los tres se alojaron en el hotel Casino. Pasaron juntos tres semanas y cuando dispusieron del dinero necesario para el viaje de vuelta a París (que, a petición de Paul, les había enviado su padre), Gala y Paul zarparon para Francia mientras Max Ernst se quedó en Saigón para no romper el equilibrio frágil de la pareja que estaba intentando consolidarse otra vez.

Tras dos largos años el trío se deshizo; cuando Max volvió a París, recogió sus cosas y se marchó definitivamente del palacete de Eaubonne.

LA BRUJA Y EL DEMONIO

De regreso en París las cosas no resultaron fáciles. En Eaubonne los frescos en las paredes le recordaban a Gala la convivencia con su amante. Éluard reanudó su trabajo en la agencia inmobiliaria del padre, después solía reunirse con el grupo de los surrealistas. Él, que ya empezaba a ser un poeta conocido, trabajaba febrilmente en un proyecto poético nuevo. Nadie parecía tener tiempo para Gala. Mientras Éluard retomó su lugar en el grupo como si nunca se hubiera marchado, Gala volvió a ser la intrusa en sus cada vez menos frecuentes visitas al círculo. «Nunca le perdonaré no ya sus mentiras sino su actitud embustera. Me inspira una repulsión total», escribió sobre Gala, en una carta, Simone Breton, la mujer de André. Otros la retrataron como una bruja, eso sí, joven y fascinante, pero una bruja poseída por un genio al fin y al cabo.

No le perdonaron su forma de ser reservada y su silencio, que interpretaban como hostilidad, su carácter independiente, su facilidad de transgredir todas las fronteras de lo permitido y el hecho de haber causado tanto sufrimiento a uno de los miembros más queridos del grupo.

Max Ernst había regresado a París y junto a Paul Éluard compusieron un libro que acabó sellando su hermandad: *Au défaut du silence*. Max dibujó a la punta seca veinte rostros con ojos rasgados asiáticos, enmarcados por el pelo negro, corto, ondulado; veinte retratos de una mujer poderosa y dura, fría y devastadora: Gala. Esta era la imagen que la rusa dejó en el pintor alemán y él, plasmándola en el libro, se despedía de ella. Sí, esas caras desprovistas de cualquier calor humano eran su último adiós. Los poemas brillantes, clarividentes y sutiles de Paul hablaban de un amor torturado: «Amor, oh, mi amor, he prometido perderte»; se repetía la palabra «demonio». Los críticos recalcaron la «atmósfera lúgubre» del libro y compararon la belleza de los versos de Paul con la de los de Baudelaire.

A su vez, los esposos seguían viviendo juntos pero resultaba claro que, debido a la historia de amor entre Gala y Max, algunos lazos se habían roto. Paul no podía vivir sin Gala, pero con frecuencia pasaba horas en las champañerías con Aragon y Crevel. Aparecieron otras mujeres en su vida, sobre todo Alice Apfel, a quien llama «La Pomme», refiriéndose al significado de su apellido alemán.

Mientras tanto, Gala había descubierto que, contra su creencia de jovencita, Paul no era el único amor de su vida, que ella era capaz de amar a otros, como había amado a Max Ernst. Y Gala se aburría. Se aburría entre los colegas de Paul que no la apreciaban. Se aburría paseando por los barrios elegantes de París que ya conocía de memoria. Se aburría incluso en los sanatorios opulentos donde acudía para pasar el tiempo con el pretexto de tener que curar sus frecuentes resfriados y jaquecas, que no eran sino fruto de la frustración.

Lo único que seguía satisfaciéndola era la lectura, toda clase de lecturas. Durante las veladas que pasaban juntos, Paul leía en voz alta sus poemas nuevos; como siempre, Gala los escuchaba con una entrega absoluta y, con un gran respeto por la creación artística, nunca censuraba el contenido ni

cuestionaba la fuente de su inspiración. Además de escuchar a Paul, la lectura, tanto de los clásicos como de los contemporáneos, seguía siendo una de las actividades que más la deleitaba.

En un sanatorio de los Alpes suizos se encontró con un grupo de rusos elegantes, emigrados de Rusia tras la revolución. Contra su costumbre se puso a charlar con ellos, tal vez sorprendida por el hecho de ver a unos rusos tan bien vestidos; la mayoría de sus compatriotas que había conocido en París eran personas tan pobres que, según la expresión de la escritora Nina Berberova, para cenar compartían una hoja de alcachofa. Uno de los rusos hablaba de su reciente viaje a Rusia y Gala decidió que ella también visitaría a sus padres y su país natal; además quería ver con sus propios ojos qué ocurría en Moscú diez años después de la revolución.

ESTE NO ES SU PAÍS

Al llegar a Moscú Gala tuvo la sensación de que aquel no era su país. Le parecía que todo había cambiado, incluso el aspecto de las calles: los edificios en el centro de la ciudad estaban desconchados, agrietados y adornados con banderas soviéticas y eslóganes políticos que rezaban: «¡La tierra para los campesinos, las fábricas para los obreros!», «¡Proletarios del mundo, uníos!», «¡Todo el poder a los obreros!» y «El futuro brillante del comunismo es nuestro objetivo».

Gala seguía lo que pasaba en la URSS. Sabía que, al implantar el régimen nuevo, Lenin había creado la Checa para que vigilara estrictamente a los ciudadanos, sabía que Stalin empezaba a enviar a muchas personas opositoras a campos de trabajos forzados. Cuando compartía esas informaciones con el grupo de surrealistas, ellos, seducidos por el comunismo y por el régimen soviético, miraban hacia otro lado.

Antes de establecerse en París, Gala había vivido los anhelos de la *intelligentsia* rusa a favor de la revolución: durante los años que precedieron

a 1917, los artistas experimentaron una efervescencia febril porque, según decían, y la joven Gala de entonces lo captaba, percibían un cataclismo en el aire y lo plasmaron en sus obras. Eran años de gran creatividad. Aunque *Petersburgo*, la novela de Andréi Biely que en 1912 anticipó el *Ulises* de Joyce, se basó en la revolución de 1905, predijo al mismo tiempo lo que sucedería un lustro más tarde. También la revolución de 1917 sirvió de inspiración a muchos creadores a los que ella leía enseguida en cuanto aparecían sus obras. El poeta Aleksandr Blok, que apoyó plenamente la revolución despreocupado ante sus excesos, escribió su largo poema vanguardista *Los doce*, que Gala no se cansaba de releer, sobre un grupo de guardias rojos que, como apóstoles guiados por Jesucristo, cruzan un Petersburgo vacío por el furor de la revolución. Sin embargo a Trotski no le gustó que los guardias del poema mataran a su antojo y hubiera preferido a Lenin como guía. El resultado fue que el poeta murió en la miseria a los cuarenta y un años.

Y Gala, que seguía los movimientos vanguardistas rusos tanto o más que los acontecimientos políticos y sociales, sabía que Blok no fue el único: durante la primera década tras la revolución murió a los treinta y seis años el gran futurista Jlébnikov, y el crítico literario Shklovski dijo a la muerte del poeta: «Perdónanos por todos los que aún mataremos; los gobernantes no responden por la muerte de las personas; en la época de Jesucristo no entendían el arameo y en general no entienden los idiomas humanos». Al poeta acmeísta Gumiliov lo ejecutaron; era el marido de Anna Ajmátova, a quien se le prohibió publicar; Marina Tsvetáieva y el poeta y prosista Vladímir Nabokov se vieron obligados a marchar al exilio. También los novelistas se sumaron a la crítica de la revolución, Gala lo sabía muy bien. Yevgueni Zamiatin escribió en 1921 *Nosotros*, novela distópica. Gala la interpretó como una metáfora del mundo opresivo e implacable que se había establecido después de la revolución y no se sorprendió que la censura no dejara que el libro se publicara íntegramente en la URSS. También Zamiatin se fue a vivir a París.

En el Moscú de 1927 Gala encontró el ocaso de la antigua clase dominante. La burguesía, los intelectuales, los comerciantes, los clérigos y los

oficiales se habían convertido en enemigos de clase que los bolcheviques victoriosos iban exterminando. Gala vio con sus propios ojos cómo las medidas coercitivas y la falta de respeto por la vida humana habían transformado su ciudad. La joven sabía que, después de la muerte de Lenin en 1924, se presentaron varios candidatos para reemplazarle, entre ellos Stalin y Trotski; este último defendía la idea del comunismo puro y la de la revolución permanente que contaría con el apoyo de otros movimientos mundiales así como con el del Komintern, es decir la organización central de los partidos comunistas del mundo dirigida desde Moscú. Pero Stalin se deshizo de todos sus oponentes, incluido Trotski, y no tardó en imponer el nacionalismo en vez del internacionalismo, además de la colectivización de los campos de cultivo y de los pueblos y de la industrialización por medio de la planificación; se estaba preparando el primer plan quinquenal.

Gala observaba el dominio de Stalin: una cultura monolítica, contraria al espíritu cosmopolita que ella había conocido antes de la revolución y que le habían inculcado sus padres. Stalin iba consolidando su poder de hierro convirtiendo a los pensadores y artistas en una herramienta que le serviría para sus fines; los describía como «ingenieros del alma humana». Gala se daba cuenta de esa especie de misticismo que reinaba en el país: con una gran dosis de romanticismo y patriotismo, los jóvenes creían que a base de actos heroicos y abnegación personal construirían un país poderoso y próspero; cada día se levantaban con la ilusión de ser ellos los responsables de crear un país en marcha hacia un futuro radiante.

En Moscú, en su piso de la calle Trubnikovski 26 en el barrio del Arbat, Gala se reunió con su padre adoptivo. En once años no había cambiado mucho: se mantenía fuerte, elegante, y su bigote bien cuidado le daba un cierto aire de dandi o de actor de cine; Gala se daba cuenta de ello más ahora que cuando lo había visto por última vez; ella tenía entonces veinte años. Dmitri Ilich Gomberg no se había dejado humillar por el régimen nuevo como había sido el caso de la mayoría de sus colegas y miembros de su clase social. Se adelantó a la deshonra y la degradación fingiendo estar del lado de los bolcheviques. Por eso como abogado se le permitió que conservase parte de su piso de Moscú, su bonito despacho con columnas y gran parte de su

clientela.

El padre pudo enseñar con orgullo a su hija la edición nueva de su libro *Jurisprudencia catastral,* que acababa de publicarse. Gala observó la cubierta adornada con un dibujo de chimeneas de una fábrica al lado de una aldea y con la inscripción «Obreros y campesinos, estudiad las leyes de la república soviética». La hija le sonrió con sorna y su padre le devolvió el mismo gesto. Más tarde Gala hizo el siguiente comentario a sus amigos acerca de su padre: «Antes de la revolución era partidario del zar; después de la revolución se acercó a los bolcheviques». Pero nunca lo juzgó; percibía perfectamente que, como abogado conocido y respetado por el antiguo régimen, a él también el nuevo poder le hubiera sancionado y escarmentado si no hubiera simulado un cambio de postura.

Además, Gala siempre había tenido una relación muy especial con su padre adoptivo. Apuntó acerca de él en su cuaderno:

«Desde mi más tierna infancia no solo me prodigó los cuidados propios del padre sino también de la madre; mi padre sentía por mí una debilidad muy particular, me atribuía extraordinarias cualidades morales, me daba una confianza sin límites, siempre decía, y estaba firmemente convencido de ello, que nunca en mi vida había dicho una mentira. Más adelante esta alta idea, esta idea admirativa, creció hasta la pasión colocándome en una posición muy difícil y confiriéndome una responsabilidad muy por encima de mis fuerzas de niña enclenque, y me atormentaba secretamente. Esto me dotó también del orgullo casi salvaje que aún padezco: ciertas cosas, palabras, intenciones o inatenciones me hieren hasta el extremo de producirme un dolor físico. Algo me presiona, me aplasta, me retuerce los huesos de la jaula de las costillas, siento el corazón pillado como los dedos de una puerta».

Gala viajó también a Leningrado, donde entonces su madre pasaba temporadas largas con su hijo Nikolái, que Gala llamaba Kolka. Nikolái se había convertido en un gerente de teatros obreros en Leningrado. Gala se quedó estupefacta ante el cambio que se había producido en ese hermano que había sido la oveja negra de la familia. A su vuelta de la Unión Soviética relató:

«Kolka, mi hermano pequeño, era un niño rebelde y gamberro, lo cual es

incomprensible porque en casa nada favorecía ni daba pretexto a aquellas inclinaciones. Aunque en nuestra familia nunca se pronunciaba ni siquiera el insulto más suave, ni siquiera se llamó imbécil a nadie, él blasfemaba como un carretero. Aunque no se nos escondía nada, y casi siempre se nos concedía casi todo lo que pidiéramos, él robaba. Se ocultaba para espiar a las criadas cuando se desnudaban o se aseaban, hacía trampas al jugar a las cartas, aunque solo apostase alubias, e incluso pese a que las pequeñas barajas para niños estaban severamente prohibidas, y cuando nos las encontraban las confiscaban. Cobarde, mentiroso, perezoso, incapaz, siempre se hablaba de que le iban a expulsar de la escuela.

»Kolka odiaba mis muñecas y cada vez que me regalaban una, al día siguiente ya me la encontraba con los ojos reventados. Para poner punto final a estas operaciones crueles mi madre ingenió una escena digna de una tragedia griega, ciertamente más impresionante y más siniestra que las ejecuciones de Kolka. Ató al niño a la cama con unas toallas de lavabo blancas, y sacando bruscamente de detrás de la espalda unas tijeras, las acercó lentamente a los ojos de mi hermano mientras le amenazaba con comportarse con él con la misma brutalidad con que él se comportaba con las muñecas: le reventaría los ojos. Desde luego que el niño quedó impresionado y se acordó de esta escena para siempre, y quizá más profundamente de lo que hubiera sido necesario. Pero el caso es que a partir de aquel día mis muñecas conservaron la vista, ya no tuve más ciegos en la familia.

»Qué extraño resulta pensar que un niño con esos atributos, con todas las características de un hombre descarriado, y que más adelante, en las circunstancias más difíciles y peligrosas, se convierte en la honestidad misma, la intransigencia desde el más estricto punto de vista moral, una persona absolutamente leal, desinteresada, trabajadora y apasionada por su trabajo de organizador, gerente y director de teatros obreros en Leningrado. No tenía ningún sentido de la carrera, de provecho personal, de arrivismo. La menor injusticia que se cometiera con alguno de sus actores le sublevaba y a menudo por esa causa perdía puestos difíciles de obtener.»

Gala no podía comprar todos los libros que se había propuesto porque los que más le interesaban estaban prohibidos por la censura y resultaba más fácil

conseguirlos en París publicados por las editoriales de los exiliados.

Se marchó de Rusia con gran alivio. Tenía la sensación de huir y a su retorno a París no tenía ganas de contar su viaje. Y es que su estancia había resultado traumática. Gala había visto tanta gente que durante y después de la revolución lo había perdido todo que nunca más pudo liberarse de la sensación de que ella también podría perder en cualquier momento todo lo que poseía y convertirse de un día para otro en una mendiga.

LOS JUEGOS PELIGROSOS DE ANTAÑO

En Rusia Gala prefería caminar por los bosques, perderse en los recuerdos de su infancia y redactar partes de sus memorias sobre un largo verano con su madre, sus dos hermanos, el pequeño, Vadim-Vadka y el mayor, Nikoláí-Kolka, y su hermana menor, Lidia, en Siberia, que había pasado en la mansión de su tío Artiom, heredero de unas minas de oro cerca de la ciudad de Omsk.

«La mansión, de madera –escribía Gala–, tenía dos pisos que daban a un jardín contiguo a la calle mayor; detrás había un patio rodeado de dependencias que se apretaban tímidamente a la entrada del bosque inmenso, que se extendía durante miles de kilómetros, el bosque sin lindes y tan amenazante y vasto como el océano sin fondo o el desierto sin límites.»

A continuación recordó los juegos infantiles a los que habían jugado en Siberia, el *chizhik pyzhik* y el *lapka:* «Si estos juegos nos gustaban tanto era porque solo entonces podíamos mezclarnos un poco con las personas mayores y sobre todo con la gente del pueblo, cosa que adorábamos. Junto a ellos nos sentíamos más fuertes y dotados de más autoridad, entre iguales, es decir, libres. Con ellos podíamos hacer lo que quisiéramos, comer lo que quisiéramos y hacer casi lo que quisiéramos. Digo «casi» porque cuando nos quedábamos solos mis hermanos, mis primos y yo hacíamos en secreto cosas que a menudo cruzaban los límites de lo razonable y rozaban lo peligroso.

»Pasaron muchas cosas durante aquel largo verano en el que casi cada día

estaba señalado por alguna aventura o acontecimiento fuera de lo común. Mi hermano, que era el que tenía más edad de todo el grupo, no por ello era más ponderado ni más prudente. A menudo nos arrastraba a juegos peligrosos o excitaba nuestro amor propio infantil para que nos aventurásemos a alguna hazaña arriesgada o por encima de nuestras posibilidades. Por ejemplo, en una ocasión, durante la pesca milagrosa utilizando en vez de red una sábana, mi hermano se apartó de todos nosotros y nadando muy lejos de la orilla fue arrastrado por la poderosa corriente de agua y a punto estuvo de ahogarse, pero tuvo la suerte de que un viejo pescador que no se encontraba lejos de él le vio, y remando en una barca consiguió rescatarle y llevarle a la orilla, ya sin conocimiento. Para los seres minúsculos que éramos nosotros, aquel inmenso río no era la única amenaza. El cercano bosque infinito, que comenzaba su marcha infatigable hacia no se sabe dónde también nos atraía, nos turbaba y nos ponía en peligro. Éramos furiosamente románticos, y para nuestra joven imaginación el bosque nos parecía familiar por las luciérnagas, cuidadoso por los caracoles bonachones, y gracioso por las setas escondidas en el musgo mullido, más suave que una buena cama.

»Los otros eran mayores, más complicados y estaban también más informados, alimentados con lecturas que formaban a su vez su gusto por la aventura y su amor a la libertad –vieja aspiración de la juventud intelectual rusa de sucesivas generaciones–. Soñaban con bandidos caballerosos que, indignados por la crueldad y la injusticia de los ricos propietarios y señores de los campesinos, abandonaban sus vidas de privilegio y se convertían en jefes de bandidos bajo el cielo inclemente, y renunciaban con ello a todas las dulces y agradables ventajas de la vida. Castigaban a los poderosos y defendían a los miserables. Eran los bandidos de Schiller, y también una serie de relatos en verso y en prosa que a menudo tenían su origen en leyendas populares como Stenka Razin, de Lérmontov, Pushkin, etcétera, etcétera.

»Sí, para nosotros el bosque no estaba desierto, y cuántas tentativas hicimos de huir de la casa para ir en busca de bandidos como aquellos, para ponernos a su disposición hasta el final de nuestras vidas.

»Recuerdo paseos con nuestros padres... Un nido de tarántulas que mi madre quería preservar transportándolo fuera, y que mi tío decidió destruir

mediante fuego y ácido violentos... Mis relaciones con el amigo de Sasha, y mi hermano mayor celoso... La caza de patos en la isla... Los campesinos segando con las hoces... Yo, tumbada entre mi hermano y Andréi, el regreso a la casa, la conversación sarcástica... El hombre corneado por un toro, la gangrena... la picadura de la serpiente... la procesión de un entierro...»

CON MARINA Y ASIA EN UN CAFÉ DE PARÍS

A su vuelta de Moscú, la contactó su amiga íntima de la adolescencia, Asia, que se encontraba en París para visitar a su hermana Marina Tsvetáieva. Marina vivía en el exilio en París y participaba en las actividades de la comunidad de exiliados rusos. Gala nunca se consideró una exiliada, y no lo era: había venido a París por amor, para casarse con su novio francés. Gala propuso a ambas mujeres que se encontrasen en un café céntrico. Se puso un vestido que juzgó como modesto; no quería dar la sensación de ser una mujer malcriada por el lujo, con más razón porque no sabía en qué situación económica se encontraban ambas hermanas. Y es que Gala se había convertido en una mujer muy elegante, bien alejada de aquella jovencita que, durante la guerra, buscaba encaje blanco para darle vida a los vestidos viejos. La Gala de la segunda mitad de los años veinte, que ya había cumplido los treinta, llegó a ser una mujer sofisticada que llevaba unos trajes sastre de última moda de corte refinado que hacía resaltar su figura con las proporciones idóneas de una escultura griega.

Al saludar a las hermanas, Gala se felicitó mentalmente por haber elegido para ese encuentro uno de sus trajes más discretos. Marina y Asia daban todas las señales de no disfrutar de una buena posición económica, aunque ambas, sobre todo Marina, lucían una belleza que nada podía apagar. Asia recorría el traje de Gala con los ojos; parecía recordar a aquella Galia Diákonova, una chiquilla moscovita «con ojos achinados», según le solía decir riendo, aquella

adolescente que se echaba a reír con estrépito al mínimo impulso para luego recaer en unos silencios largos e inexplicables.

Y Asia recordó más cosas. Después de la revolución y la guerra civil, en un Moscú que aún en 1924 sufría hambre, los padres de Gala se acordaron de su amiga de la escuela y le dieron cobijo en su piso de Arbat, en la calle Trubnikovski 26. En aquel entonces su vivienda ya no les pertenecía del todo; el régimen comunista la había convertido en un piso comunal. Sin embargo, el padre de Gala, Dmitri Ilich Gomberg, un abogado perspicaz y astuto, consiguió poder guardar para sí su despacho con unas columnas neoclásicas y un par de habitaciones, una de ellas con una gran estufa de cerámica. Allí se mudó Asia con su marido e hijo de nueve años. Los padres de Gala vivían parcialmente fuera de la ciudad, en la histórica ciudad de Márfino cerca de Moscú, donde conseguían comida más fácilmente y donde en aquellos años arduos se vivía mejor que en una gran ciudad. La relación de los padres de Gala no era lo que podía denominarse armónica; no paraban de dirigirse palabras llenas de ironía.

La madre, muy delgada, había envejecido mucho mientras que el padre mantenía su buen aspecto de siempre y, con los años, se había vuelto más interesante. La hermana menor de Gala, Lidia, una auténtica belleza, se había casado con Gueirot, un conocido actor del Teatro de Arte de Moscú, que había fundado Stanislavski. La madre de Gala, Antonina Petrovna Deúlina, solía llegar a Moscú con pan, patatas, verduras y hortalizas para Asia y su familia. Por las noches les enseñaba fotos que había recibido de Gala de París. Asia percibía claramente la transformación de su antigua amiga en una mujer refinada, casada con un poeta, que tenía una hija de seis años que solía llevar un lazo en el pelo y un osito de peluche en los brazos y que vivía en un palacete en la capital francesa. Pero no sentía envidia. Ella se encontraba bien entre los suyos y tenía fe en el futuro de su país.

Marina regaló a Gala un libro, dedicado a ella, que contenía sus poemas largos *Poema del fin* y *Poema de la montaña,* que esta luego juzgó como obras de un genio literario. Marina criticó la situación política en la Unión Soviética declarando que nunca, jamás volvería allí, ni siquiera de visita. Gala le dio la razón. Asia por el contrario alabó el comunismo que, según ella,

había traído si no la igualdad sí unas ganas enormes de participar en un proyecto común para el futuro de todos los ciudadanos soviéticos, y ella tomaba parte activa en ese desarrollo.

Gala se dio cuenta de que las hermanas percibían la diferencia de condiciones de vida que las separaban de ella y se sintió desconcertada. Nunca después buscó un nuevo encuentro con Marina a la que seguía admirando de lejos, tanto que, en una ocasión, asistió de incógnito a un café-concierto donde su amiga daba un recital de sus poemas nuevos.

Tras su encuentro con las hermanas en París volvió a ver a Asia una sola vez para luego olvidarla, a esa mujer convertida en una ferviente comunista. Gala no soportaba el radicalismo en la política. En cambio reflexionaba a menudo sobre Marina, las imágenes de su infancia le surgieron ante los ojos como en un álbum desordenado. Se detuvo en el momento en el que una jovencísima Marina les leyó parte del manuscrito de una narración que hablaba del demonio. Y recordó un atardecer con su padre leyendo y luego una noche de terror silencioso... Antes de que la imagen desapareciera, redactó lo que había pasado hacía más de veinte años y lo que, ahora lo sabía, la había marcado para siempre, aquel terror que la tenía poseída...

«Yo tenía entonces alrededor de doce años cuando una noche mi padre nos leyó en voz alta una leyenda en verso de Lérmontov, *El demonio*. Mis hermanos y yo seguíamos este relato con un interés apasionado, exaltado: se trataba de un ángel caído que se aparecía con el aspecto de un hermoso joven, muy pálido, con la cabellera negra y los ojos ardientes a una joven monja novicia muy hermosa que se había encerrado en un convento esperando escapar a las visiones seductoras y turbadoras que la asaltaban. El demonio, aquel ángel caído, amaba apasionadamente a la monja y sabiendo que ella sentía lo mismo por él le suplicaba que le aceptase, purificándole así con su amor para, más adelante, poder volver junto a Dios; su relación sería el primer paso hacia su redención y salvación. La joven monja estaba a punto de sucumbir al encanto seductor del demonio y a la idea de salvar al ser al que amaba, e iba a condenarse cuando en el último momento, ya moribunda, una nube de ángeles y de arcángeles se la llevó y la liberó de aquel hechizo.

»Aquella noche nos acostamos más tarde y a disgusto. Solo algunas horas

de la noche me separaban de un acontecimiento que iba a ser muy importante para mí, que tendría un gran efecto subliminal sobre mí y que se presentó con un aspecto inesperado y misterioso. También fue el primer gran secreto de mi vida. Muy temprano, cuando no se sabe si todavía es de noche o si ya es el primer instante del nacimiento del día, me desperté bruscamente y de repente supe que había alguien, o más bien algo, erguido a la cabeza de mi cama. Y llena a la vez de terror y de esperanza, entreabrí los ojos creyendo percibir en la oscuridad al demonio. Aquella cabeza de llamas de años atrás debió ser el presentimiento de lo que me iba a pasar a continuación. Percibo claramente que hay alguien ahí, alguien con la respiración anhelante, y para que la aparición se tranquilice finjo estar profundamente dormida. En efecto, al cabo de un rato se separa de mi cabecera y avanza, destacándose como una masa profundamente negra sobre el negro ligeramente agrisado de una ventana. Luego la sombra se vuelve a acercar mucho a mí, se inclina hacia delante y furtivamente, con manos glaciales y temblorosas, recorre todo mi cuerpecito, flaco, pálido y casi sin formas. Entonces me vienen a la memoria ciertas vagas nociones sobre vampirismo que había oído a las criadas y lentamente me invade el terror y la angustia me ahoga: lanzo un gritito quejumbroso, apenas muevo mis brazos grávidos de miedo y, oh, cosa extraña, la aparición, el demonio, el vampiro, se asusta y se encoge en la densa sombra de un rincón de la alcoba y se queda allí inmóvil, como petrificado. En ese momento comprendo la fuerza del método de mi defensa y, dominando la angustia, aunque temblando, decido luchar sola hasta que amanezca del todo para ver, para comprender por mí misma, con mis propios ojos, quién es mi visitante y qué quería de mí.

»La lectura del romántico *Demonio* de Lérmontov me ayudó a admitir la posibilidad de la presencia de un misterio secreto, que yo ya había presentido, poderosa pero confusamente, y que me atraía como una fuerza caótica importante, impresionante, que solo se resuelve por sí misma.

»Hoy sigo sin saber cuánto duró aquella lucha, pero me pareció interminable. En cuanto la sombra quería acercarse, yo la hacía comprender que estaba despierta y entonces ella volvía a ocultarse en la negra oscuridad al pie de mi cama. Así solo la veía como una vaga silueta, aunque alta,

impulsiva, rápida. Cuando la mañana empezó a decidirse, la aparición se volvió de color gris pero con las manos y pies muy blancos. Según se acercaba la salida del sol se agitaba cada vez más, comunicándome una angustia indescriptible; la sentía desesperada como atrapada en un cepo, la veía aplastarse contra la pared y debatiéndose. Y finalmente, huyó, escondiendo la cara entre las manos. Vadka, mi hermano.

»Entonces sentí una vergüenza enorme, una repulsión sin matices, una dolorosa compasión, y no poco orgullo. Al quedarme sola ya no pude dormir hasta la hora de levantarme, hasta las siete de la mañana, cuando la camarera vino a despertarme para ir al colegio. Al verme tan abatida y con la carita verde azulada, intentó retenerme en casa. Pero yo protesté tan enérgicamente que acabó por ceder. A partir de aquel momento mi hermano y yo apenas hablamos; durante el día se mantenía a distancia, afectando una indiferencia absoluta o más bien ese desdén que los hermanos mayores suelen sentir por las hermanas pequeñas. Mientras que por las noches, continuamente se repetían aquellas obsesivas, irresistibles visitas, llenas de aquella pasión oscura, torturada, desdichada. Pasión que no se declara y que permanece cautiva del remordimiento, del sentimiento de culpabilidad, en la incomprensión aterradora de un niño, de un nuevo púber.»

Cuando Paul llegó a casa, Gala escondió las hojas escritas en un libro y rápidamente introdujo el volumen en el cajón de su mesita de noche. No le ocultaba sus amores pero sí su afición por escribir. No quería por nada del mundo que su marido conociera sus intentos. No podría soportar que la juzgara.

---

1. Mi vida es terrestre pero bella / Mi ideal ya no está en los cielos, / Y lanzo mi ritornelo / Para las estrellas... a tus ojos!

2. En un rincón el ágil incesto / Gira en torno a la virginidad de un vestidito / En un rincón el cielo liberado / En las espinas de la tormenta deja bolas blancas.

3. La desesperación no tiene alas, / Tampoco el amor / [...] No me muevo, / No los miro, / No les hablo. / Pero estoy tan vivo como mi amor y mi desesperación.

4. Lágrimas de los ojos, las desdichas de los desdichados, / Desdichas sin interés y lágrimas sin colores. /

No pide nada, no es insensible, / Está triste encarcelado y triste si está libre. / [...] Una sombra... / Todo el infortunio del mundo / Y mi amor encima / Cual animal desnudo.

II

UN VERANO EN LA COSTA BRAVA

«¿Qué hace una mujer como yo en España?», se preguntaba una y otra vez Gala desde el momento de bajar del taxi en Cadaqués en el verano de 1929. Con eso quería decir: «Qué hace una parisina sofisticada en un lugar donde Cristo perdió la alpargata?». Estaba malhumorada y no intentaba disimularlo: otro verano malogrado...

Tras la muerte de su padre, Paul había heredado una pequeña fortuna. Pero puesto que él y Gala nunca se lo pensaban dos veces a la hora de tirar la casa por la ventana, el dinero se fue volando. La pareja volvió a la situación anterior; Paul tenía que sacar cuadros y esculturas de su colección y venderlos para poder seguir con aquel tren de vida.

En una ocasión, Paul había estado en la sala de baile Tabarin, con una acompañante luminosa y con su amigo Camille Goemans, un joven poeta y galerista. A Goemans se le acercó un pintor joven que le había presentado Joan Miró. Se llamaba Salvador Dalí y lo invitó a Cadaqués. Justo en ese momento Paul enseñaba al grupo unas fotos en las que su mujer, Gala, que se había ido por su cuenta a Lugano, posaba desnuda. Todos contemplaron las fotos en silencio como quien valora y aprecia unas obras de arte.

«*Une trouvaille!*», exclamó Goemans con una copa de champán en la mano, una vez que Dalí hubo salido, refiriéndose al pintor. Y añadió que valdría la pena pasar las vacaciones de verano en ese pueblo de la Costa Brava, visitar su taller, echar un vistazo a sus pinturas y regalarse baños de sol

y de mar. Además, las vacaciones les saldrían mucho más baratas que en Cannes o Biarritz. Este último argumento acabó de convencer a Paul, aunque no estaba nada seguro de cuál sería la reacción de Gala.

Allí estaban, pues, tomando un aperitivo antes de ir a cenar, en la terraza de un café junto al mar. Además de Gala, Paul y los Goemans, apareció también René Magritte y su mujer Georgette. Se alojaban todos en el hotel Miramar. El pintor al que Goemans había descrito como «*une trouvaille*» estaba sorbiendo su aperitivo con ellos. Antes de que llegara, Goemans había contado a los demás que Salvador Dalí era amigo del joven cineasta Luis Buñuel con quien, dos meses antes, había estrenado en París la película *El perro andaluz;* la idea y el guión del filme eran del pintor y de Luis Buñuel. Además, explicaba Goemans, era amigo del conocido poeta y dramaturgo Federico García Lorca para cuyas obras había diseñado los decorados y el vestuario; la célebre actriz barcelonesa Margarita Xirgu había interpretado el papel principal.

Durante el aperitivo, el pintor de veinticinco años apenas hablaba; se había fijado en una persona allí presente y la contemplaba sobre todo a ella. Se trataba de una mujer diez años mayor que él cuya belleza resultaba opaca y turbia: Gala Éluard. Le habían hablado de ella como de una *femme fatale*, sofisticada y enigmática. Él la veía como la mujer surrealista, la que supo inspirar a varios miembros del grupo. Una mujer cuya irracionalidad era indispensable a los surrealistas, pensó, porque observó que la chica, a veces, se entusiasmaba más de lo normal para luego sumergirse en una melancolía soñadora y profunda.

Al día siguiente todos acudieron al taller del pintor en la casa que la familia Dalí tenía en la playa de Es Llané, al sur del pueblo. Entre varios cuadros inacabados en los que el pintor estaba trabajando destacaba uno que era aún más misterioso que los demás, impregnado por una luz azulada que representaba un paisaje imaginario, una cabeza de mujer, una estatua en su pedestal y, en primer plano, un personaje de espaldas con los pantalones cortos manchados de excrementos, además de varias langostas que se encontraban en todas las pinturas expuestas. Paul Éluard puso nombre a la tela: *El juego lúgubre*. A Dalí le encantó el título y prometió que pintaría un

retrato de Paul. Cuando al cabo de varias semanas lo hubo terminado, resultó ser un retrato del poeta que flota encima de un paisaje desértico; a su lado se halla la cabeza de un león o de la mítica Medusa, acercándose a una máscara mortuoria. Entonces Goemans le propuso a Dalí que organizaría una exposición suya en su galería de París, a final de aquel otoño.

El grupo de artistas salió del taller del pintor a la playa que había delante de la casa donde veraneaban los Dalí. El pintor seguía observando a Gala: una parisina refinada, su traje de baño contorneaba sus nalgas bien redondeadas que se acababan en una cintura de adolescente. Con un cierto aire andrógino era su ideal de belleza. Incluso el rostro de Gala, con unos ojos de mirada oscura e intensa, situados muy cerca de la nariz, una nariz de gancho, que le daba un aspecto de ave rapaz, le encantaba al pintor.

Arisca por naturaleza, ahora estaba aún más áspera y desdeñosa que de costumbre. A ella, que en su juventud se había acostumbrado a pasar las vacaciones en los balnearios llenos de jazmines y rosas del mar Negro, y que luego solía veranear en los Alpes o la Costa Azul, aquella naturaleza agreste y, a su juicio, gente salvaje la sacaban de quicio. Como ya tantas veces, ahora también se sentía forastera y ajena a aquel mundo, y buscaba excusas para marchar de allí y volver a París. Entonces recordó la pintura de Max Ernst *Le rendez-vous des amis* en la que ella, la única mujer, con sus movimientos felinos y sus ojos medio orientales, se halla al margen del grupo de los surrealistas, casi dándoles la espalda, preparada para abandonarlos en cualquier momento. ¡Qué bien la había entendido Max!, pensó sin nostalgia.

Parecía que su actitud esquiva y fría no molestaba al joven pintor catalán en absoluto. Tal vez ni se había fijado en su tendencia a mostrarse despectiva; él admiraba su belleza sombría y su cuerpo atlético y bronceado. Además creía haber adivinado su fondo trágico, cosa que, definitivamente, le resultó atractiva. Pero sobre todo, observando a Gala, Salvador recordó a una niña de la que estuvo enamorado de chiquillo, mucho antes de irse a estudiar a Madrid, a la Residencia de Estudiantes. Y en su imaginación empezó a ver el tema de una pintura que realizaría dentro de poco: *La memoria de la mujer-niña*. En este lienzo, uno de los que retratan la descomposición, los seres se amalgaman en un magma complejo, irreconocible. El retrato de la niña se

confunde con el cuerpo femenino, desnudo y seductor, de Gala. A su lado derecho se distingue un retrato parecido a la Gioconda –con un escote que deja ver unos pechos pequeños y firmes– y con los ojos algo rasgados, situados cerca de la nariz: los pechos y los ojos de Gala.

Al observar a la mujer fijamente, el pintor se dio cuenta de que Gala era una especie de efebo en femenino. Además percibía que se hallaba ante una mujer poco común, una mujer superior. Y el parecido con su novia-niña le hacía adivinar un augurio. Gala, que creía en la fatalidad, en los presagios y las profecías y que sabía leer el tarot, hubiera dicho que en ese instante Dalí reconoció la mano del destino.

UN PASEO POR LOS ACANTILADOS

El día que salieron juntos a dar un paseo, él la llevó a su camino preferido. En las afueras de Cadaqués tomaron un sendero que los llevó a una aldea de pescadores. El hombre extendió la mano para ayudarla a bajar de una roca. Ella se apoyó en él con absoluta naturalidad mientras que él sintió un deseo creciente por aquella mujer. Es LA mujer, se dijo; nadie hasta entonces había despertado una emoción tan poderosa en él. Para disimularla, se detuvo y contempló la bahía que se abría ante ellos. La bahía de Port Lligat. La vista más surrealista y misteriosa que había conocido, dijo en voz alta. «Como usted», añadió e intentó disimular su turbación con una carcajada fuerte.

Ella lo miró con una mezcla de interrogación, desdén y frialdad. Entonces él dijo que aquel rincón del mundo debería llamarse Galatea, y le preguntó cómo se decía en ruso pequeña Gala. «Gálushka», dijo ella y él lo repitió con su pronunciación catalana: «Galuchka. Galuchka rediviva». Ella le preguntó por qué rediviva y él le contó la historia de la primera niña que había despertado su interés, una chiquilla que se parecía mucho a Gala. Se sentaron en la roca de la que acababan de bajar. Se trataban de usted, hablaban en un francés teñido de las melodías de la hojarasca de los abedules rusos y del

viento que barre las áridas rocas mediterráneas. Se entendían bien, nunca tuvieron que pedirle al otro que repitiera su frase.

Tras caminar otro rato él le pidió que le contara un recuerdo de su niñez. Gala se puso a narrar lo primero que le vino a la mente, como si hablara consigo misma; luego dejó aquel recuerdo apuntado en sus escritos autobiográficos:

«Yo tenía siete años. Mi hermano mayor, once, y el pequeño, cinco. Vivíamos en Moscú, en un barrio apartado, en las afueras de la ciudad, cerca de un parque zoológico. El piso de mi familia era bastante pequeño, me parece; sobre todo recuerdo el comedor, con dos ventanas que daban a un patio en el que crecían algunos árboles y rodeado de algunas cabañas o barracones que servían para guardar herramientas de todas clases. De aquella casa y aquella época recuerdo un gran acontecimiento familiar que influyó mucho en mi formación. Desde hacía algún tiempo yo venía oyendo en la cocina palabras apresuradas, frases, fragmentos de conversaciones precipitadas, inquietantes, angustiosas, incomprensibles y amenazantes. Se hablaba de mi madre, de los dolores que padecía, de que estaba en peligro, se mencionaba la sangre. Aquel día nos llevaron a los tres hermanos al piso de la propietaria, que era amiga de mis padres. A la hora de dormir nos acostamos en colchones que se instalaron rápidamente en el suelo, en una habitación cerca de una pequeña entrada. Recuerdo perfectamente que me pasé la mayor parte de aquella noche escuchando unos gritos horribles –y ahora estoy segura de que es un falso recuerdo, porque estábamos demasiado lejos para oír nada.

»A la mañana siguiente nos llevaron ante nuestra madre convaleciente. Estaba acostada en un lecho grande, muy blanco. Mi padre, señalando una caja grande que se veía encima de un armario, dijo: «Tenemos una muñeca viva preciosa para ti, Gala, te la hemos comprado». Fingí mirar en la dirección correcta siguiendo con la mirada el dedo de mi padre, pero en el fondo de mí misma sabía que el bebé venía de mi madre, que esta había padecido dolores terribles, que la noche precedente había sucedido algo pavoroso. En aquel momento trajeron a mi hermana: un pedazo de carne roja congestionada, abotargada, aullante. Verla me producía una gran repugnancia. Me acerqué al lecho de mi madre, la abracé con toda mi ternura y con toda mi compasión y

fingí que estaba muy agradecida por el regalo. Aquella fue la primera vez que oculté conscientemente lo que sabía. Y también la primera vez que al sorprender el evidente engaño de mis padres, experimenté una gran sorpresa, y tanto malestar y tanta vergüenza.

»Al cabo de un rato nos invitaron a asistir al aseo de nuestra nueva hermana. Pedí permiso para sostenerla en mis brazos y en un primer momento me lo concedieron, pero luego me lo negaron, lo que me hizo llorar amargamente. De manera que aquel día, uno de los más importantes de mi infancia, terminó en llanto.»

Mientras ella hablaba, él contemplaba detenidamente cada matiz de su rostro. A través de sus rasgos se transparentaban los de la chiquilla de su infancia. Él entendió que el nacimiento de su hermanita representaba un trauma para Gala. Le preguntó si esa historia había afectado su relación con los niños.

Ella barbulló algo. Le pareció entender que quería un hijo varón y que desde el principio tenía la sensación de que su hija Cécile era, de hecho, su hermana menor a la que ella quería pero de otra forma que una madre. La solía dejar a los cuidados de su suegra. Esta vez Cécile les acompañaba en Cadaqués, pero a ella le costaba dedicarse constantemente a la niña.

El joven, que llevaba una camiseta blanca sin mangas y un pantalón también blanco, no entendió exactamente lo que decía su acompañante pero tenía la sensación de comprenderla más por dentro que por las palabras que decía. Sabía que Gala necesitaba sentirse absolutamente libre y que carecía de un hijo, o de alguien que lo reemplazara al menos parcialmente.

Fue entonces que ella recordó su misión: Paul, junto con los demás, le había pedido que preguntara al pintor si era coprófago. Gala se levantó y le dirigió la pregunta sin preámbulos. Su respuesta fue igualmente directa: «No». Y se echó a reír con aquella espontaneidad que le caracterizaba.

Luego le contó algo que, según él, no había contado nunca a nadie. Cuando era pequeño, un día su padre, al que temía y admiraba enormemente, llegó a casa exclamando que se lo había hecho encima. El pequeño Salvador no sabía exactamente qué quería decir pero sintió una gran vergüenza ajena. En sus pinturas se sacaba sus traumas de dentro, explicó.

Gala estaba conmovida por la sinceridad del chico. Y por su ternura, este

atributo tan raro. Entonces dijo con una voz apenas perceptible: «Niñito, tú y yo no nos separaremos nunca». Y la nada sentimental Gala no solía lanzar frases así al viento.

El sol teñía sus caras de albaricoque cuando, delante del hotel Miramar, ella lo invitó a cenar con el grupo de surrealistas. La cara de él se transformó súbitamente: la expresión tranquila e ilusionada dio lugar a un espanto que el muchacho no pudo disimular. Se dio la vuelta y huyó como solo los gatos salvajes huyen del peligro.

DOS AMIGOS Y GALA

El cineasta Luis Buñuel llegó a Cadaqués para trabajar con Dalí en el guion de su próxima película. Sin embargo Salvador estaba distraído y no hablaba de otra cosa que de Gala. Su mente estaba fijada en aquella parisina voluptuosa y libertina, según le contaron, más libertina que cualquier donjuán. Libertina, que viene de libre. ¡Qué capacidad de amar adivinaba en ella! También intuía que se trataba de una mujer fuerte, profunda y al mismo tiempo inabarcable como el mar.

Buñuel, al conocer a Gala, sintió un poderoso rechazo; ella le miró con una intensidad salvaje, casi violenta. Luis intentó soportarla por Salvador, pero en una ocasión, durante una excursión en una barca a la playa del cabo de Creus, estuvo a punto de estrangularla: por su manera de ser y por haberle usurpado, así lo sentía, a su mejor amigo y guionista.

Como antes se lo había usurpado Lorca. Entonces Buñuel, que se sentía rechazado, escribió al amigo común José Bello: «Federico me revienta de modo increíble. Yo creía que el novio, Dalí, es un putrefacto pero veo que lo contrario es aún más. Es su terrible estetismo que lo ha apartado de nosotros. Dalí influenciadísimo. Se cree un genio, imbuido por el amor que le profesa Federico».

Buñuel conocía perfectamente la angustia que sentía Dalí ante la cuestión

de su virilidad y, además, sabía que le preocupaba la homosexualidad de su amigo Federico. Sin embargo, mucho más tarde, Dalí no dejó de afirmar que Lorca fue el mejor amigo de su juventud. Al publicar su dibujo de San Sebastián y un ensayo sobre estética, en la revista *L'amic de les arts*, le escribió a Lorca diciendo que había hecho el dibujo pensando en él y que él era de hecho el santo. Pensando en Lorca pintó además su *Cenicitas* y el célebre *La miel es más dulce que la sangre*, en el que le retrató con la cabeza cortada como si tuviera una premonición de su muerte trágica al principio de la Guerra Civil española.

Al final de su vida, en una entrevista con su biógrafo Ian Gibson, aclaró que su relación con Lorca había sido «todo lo contrario de una azucarada novela rosa. Fue un amor erótico y trágico».

VESTIDOS DE BLANCO PARA UN BAILE EN LAS ROCAS

Al cabo de unos días se llevaron comida porque deseaban llegar al Pla de Tudela y la cala Culip del cabo de Creus, a través de caminos de cabras salvajes y rocas encima del mar. Ambos iban vestidos de blanco, con camisetas sin mangas; ambos llevaban collares; ella de perlas, él de madera oscura. Salieron temprano por la mañana cuando el aire estaba aún fresco. El muchacho le mostró las rocas fantasmagóricas cuyas siluetas había retratado, estilizadas, en distintos lienzos; algunas tenían forma de arzobispos, le indicó. En uno de ellos estaba trabajando en aquel momento, *El gran masturbador*; la roca, perfectamente reconocible, en el lienzo estaba pintada de amarillo.

Luego le contó, sin palabras preliminares, según era su forma de actuar habitual, que tanto su abuelo como su tío paternos se habían suicidado a causa de los delirios paranoicos que sufrían. Lo que no le reveló en aquel momento fue que su abuelo se llamaba Gal: toda una señal para él de que Gala le estaba predestinada. Sus padres no habían querido revelar los dos suicidios ni a él ni

a su hermana Anna Maria, pero él los adivinó. Salvador observó a Gala que permanecía en silencio y vio que lo escuchaba con suma atención. Tras una breve pausa volvió a hablarle de sí mismo y su familia.

Antes que a él, le confesó, sus padres tuvieron un hijo que se llamaba también Salvador y que murió de meningitis a la edad de siete años. Destrozados, quisieron tener otro hijo y fue así que nació el segundo Salvador. Le perseguía la pesadilla de ser la sombra y el doble de ese hermano muerto, de ser un usurpador y de no dar tanta satisfacción a sus padres –de hecho solo a su padre, ese hombre tan exigente, porque su madre había fallecido– como les hubiera proporcionado el otro Salvador. Se sentía como un eterno estafador y padecía ataques de pánico en los que temía desmayarse; a veces ese pánico podía cobrar la forma de rabia o violencia.

Le hacía esas revelaciones a Gala pero mentalmente no cesaba de darle vueltas a algo que le preocupaba. Temía que la paranoia y el suicidio le aguardasen también a él. Leyendo a Freud descubrió su convicción de que la paranoia no es otra cosa que la consecuencia de impulsos homosexuales reprimidos, y Salvador se daba cuenta de su tendencia a la homosexualidad.

Ella reconoció la neurastenia que sufría Salvador. A ese malestar que generaba inseguridad lo llamaba para sí misma angustia, ansiedad y pánico social. Identificó el trastorno de Salvador porque ella también lo había experimentado –aunque en menor medida– cuando padecía la tuberculosis. Aún años después de que la dieran de alta en Davos viajaba a los Alpes para pasar temporadas en distintos sanatorios; se recuperó de la tuberculosis pero nunca logró deshacerse del todo de su angustia.

Mientras saltaban de una piedra a otra riendo y admiraban la vista de la costa ondulada, roja y verde, desde su meta, cabo de Creus, donde con gran apetito devoraron los bocadillos que les habían preparado en el hotel Miramar, Gala se sentía cada vez más cercana a aquel muchacho; presentía que aún no había tenido relaciones con una mujer. Ya no se reía con altivez de la admiración que él le profesaba. Ella también se fijaba en sus dedos largos y cabello sedoso y sobre todo en sus ojos relucientes y expresivos.

A la vuelta, en una roca encima del mar, él le dio su primer beso: «Besé sus labios que se entreabrieron. No había besado nunca así, profundamente, e

ignoraba que pudiera hacerse. De un solo impulso, todos mis Parsifales eróticos despertaron bajo las sacudidas del deseo en mi carne durante tanto tiempo tiranizada. Y ese primer beso en el que nuestros dientes entrechocaron y nuestras lenguas se mezclaron no era sino el principio de esa hambre que nos movía a morder y comer hasta lo más hondo de nosotros mismos», contó más tarde.

TREN NOCTURNO A PARÍS

Gala y Cécile subieron al tren en Perpiñán con el billete para París. La mujer y la niña observaban los paisajes ondulados con sus viñas, ríos, pueblos medievales pintorescamente situados en lo alto de las montañas y, en el horizonte, desdibujadas, las rocas montañosas; paulatinamente el campo se iba hundiendo en las tinieblas. Ya era de noche cuando llegaron a Toulouse.

Gala se observó en el espejo alargado de la pared: estaba bronceada de cara y de cuerpo; debajo de su falda sentía unos músculos vibrantes. Tras pasear cada día varios kilómetros, tras subir y bajar por los acantilados y los senderos de animales salvajes, tras nadar varias veces al día en el agua cristalina, turquesa, de las calas y comer tanta fruta, verdura y erizos de mar como nunca antes, su cuerpo se había vigorizado. Gala que, para encontrarse satisfecha necesitaba estar enamorada y sentirse amada, se percibía fuerte también por haber encontrado un amor nuevo. Ahora ya sabía que no se trataba de un flirteo de verano. Había captado que la Iglesia católica había arrebatado al joven Salvador una iniciativa sexual que ella, por suerte, le supo devolver. Si le había dicho a aquel muchacho débil y fuerte a la vez –como, de hecho, lo era ella misma– que no se separarían nunca más, seguro que era verdad. Su intuición nunca le había fallado.

Al lado de la mujer que rebosaba salud estaba sentada una niña pálida y enclenque. Después de que todos los pintores, galeristas, poetas y sus mujeres habían partido para París, Gala se quedó en Cadaqués con la excusa de cuidar

a la pequeña Cécile, que había enfermado de una fiebre paratifoide. Pronto descubrió que no tenía paciencia para pasarse días enteros al lado de la cama de la enferma y dejaba a su hija al cuidado de las camareras del hotel. De la habitación de Cécile se iba directamente a la cita que había concertado con el pintor que ya la esperaba para salir de excursión, naturalmente con picnic y baños de mar. Poco a poco Gala se iba dando cuenta de que no solo el joven sucumbía bajo su hechizo, sino que también ella se sentía cada día más seducida. Estaba preparada para entrar de lleno en aquella nueva relación.

Era una mujer que necesitaba entregarse de modo total y esperaba lo mismo del otro. La relación con Paul Éluard se estaba acabando, Gala era consciente de ello. Sin embargo de momento no parecía prudente quemar los puentes. Paul estaba convencido de que Gala se había distraído con una pequeña pasión de verano que acabaría diluyéndose en las lloviznas otoñales parisinas. Y ella no tenía ganas de dar más explicaciones. Estaba acostumbrada a atesorar sus emociones en su interior como si fueran alhajas que se guardan en un baúl cerrado a cal y canto.

Ella, mujer de ciudad, ahora regresaba a la casa que compartía con Paul y Cécile en la metrópolis francesa con ganas de dejarse cortar su mikado, depilarse las piernas musculosas, sumergirse en un baño caliente y perfumado y luego untar su cuerpo tostado íntegramente –Gala solía nadar desnuda– con aceites balsámicos y fragantes. Se volvería a poner sus trajes sastre y saldría al cine y al teatro... Se quedó dormida con la mano de la niña entre las suyas.

UN OTOÑO EN SITGES

El futuro no tardó en llegar. Del tren Perpiñán-París bajó el joven pintor con sus telas bien envueltas y empaquetadas; una de ellas, el retrato acabado de Paul Éluard. Llegó días antes de que se inaugurara su exposición que debía durar de noviembre a diciembre. En la galería Goemans estaba todo listo para la exposición de Salvador Dalí.

En cambio el pintor no estaba preparado. En París parecía una sombra del joven dinámico que Gala había conocido en la Costa Brava. En la capital francesa se sentía abatido y temblaba cuando tenía que cruzar la calle solo. Incluso cuando caminaba por los bulevares tenía la sensación de estar a punto de desmayarse en cualquier momento. Al oír que tenía que tomar el metro se llevaba las manos a la cabeza.

Apenas hubo llegado, envió un ramo de rosas rojas al nuevo domicilio de Gala, Éluard y Cécile, en Montmartre. Se reunió con ella, tomó sus alargadas manos en las suyas y durante un largo rato se quedó susurrándole algo al oído. Entre otras cosas le dijo que era sumamente tímido y la menor atención hacia él le hacía ruborizarse hasta las orejas; que pasaba el tiempo ocultándose y prefería la soledad. Que no podía cruzar la calle solo, temía desfallecer. Cualquier tensión le podía causar una crisis nerviosa. Ella lo entendió a la primera. Habían desarrollado la costumbre de escucharse más con las entrañas que con los oídos. Los clientes del café los miraban sorprendidos; solo de vez en cuando oían cómo el joven moreno repetía: «Necesito recuperarme de mis angustias» y «He de restaurar la fe en mí mismo».

Cuando, dos días antes de la inauguración de la exposición de Salvador Dalí, el galerista y su mujer buscaban al pintor, tuvieron que constatar que el joven se había evaporado. Y Gala con él.

Nadie más que Gala había sido capaz de entender que Salvador no podía quedarse en la capital y que no hubiera resistido la inauguración con la galería llena de gente. Habría sufrido un ataque, y posiblemente su ataque hubiera sido violento, a pesar de su decidida voluntad de que no fuera así.

De modo que, el día de la inauguración, el galerista Camille Goemans recibió un telegrama en el que el pintor le deseaba que todo fuera estupendamente. Había sido enviado desde Barcelona. Ni Goemans ni el grupo de vanguardistas franceses se pararon a pensar qué se podía ocultar tras aquella huida: la interpretaron como la burla de un joven malcriado que no podía parar de hacer diabluras como provocación surrealista.

La exposición de Dalí fue excepcionalmente bien: se vendieron casi todos los cuadros y el vizconde de Noailles pagó un dineral para poder llevarse *El juego lúgubre*. El galerista estuvo contento con el resultado aunque no quedó

satisfecho en absoluto con el comportamiento del artista que, en su opinión, se fue con Gala de luna de miel, anteponiendo un capricho momentáneo a su obligación profesional.

Mientras tanto, la pareja se estableció en Sitges, un pueblo a orillas del Mediterráneo donde se publicaba la revista de arte y literatura *L'amic de les arts* en la que Dalí colaboraba. Allí el pintor encontró la calma necesaria, allí no tenía miedo de desmayarse al cruzar la calle; estaba rodeado de todo lo conocido: el mar Mediterráneo, las playas y las rocas, los pinos y los olivos, las viñas y los muchos geranios que colgaban de las paredes blancas. Además, era un pueblo que se había convertido en la residencia de artistas contemporáneos de Dalí.

UNA CHOZA PARA CONTEMPLAR LA ETERNIDAD

Cuando Salvador llegó a la casa paterna en Figueres, Gala y él habían decidido vivir juntos y no separarse más. Por otro lado, la exposición en París, en una galería donde todos los surrealistas querían exponer, había tenido un éxito notable. Pero a Dalí le aguardaba un descalabro inesperado. Buñuel asistió a la escena que el padre de Salvador le había montado.

El notario empezó reprochándole al hijo el hecho de vivir con una mujer casada; nadie en Cadaqués ni en Figueres hablaba de otra cosa. Salvador encajó el golpe impertérrito; tenía muy claro que Gala era lo más importante que tenía, que con ella había empezado a ser feliz. Luego su padre, fuera de sí, le cuestionó sobre un dibujo suyo que llevaba la inscripción *Parfois je crache par plaisir sur le portrait de ma mère* (*A veces me divierto escupiendo sobre el retrato de mi madre, 1923*). Salvador había adorado a su madre, Felipa Domènech Ferrés, que falleció en 1921 cuando el chico tenía dieciséis años, y seguía adorándola. Evidentemente se había puesto a prueba: se trataba de un reto surrealista, la mayor provocación de la que era capaz. Una bravata que

formaba parte de su espíritu surrealista que para él no era solo una corriente en el arte sino toda una actitud vital. Más tarde, cuando haría declaraciones políticas, algunas de ellas polémicas, se lo tomaba también como una forma de experimentar su capacidad de desafío surrealista, para burlarse de todo, en primer lugar de los compañeros del surrealismo francés y su adoración incondicional de la ideología soviética y los líderes de la URSS.

Buñuel, un gran amigo que comprendía bien a Dalí, captó enseguida que se trataba de su manera de mofarse de sí mismo y del mundo, e intentó intervenir ante el señor Dalí a favor de su hijo. En vano. Salvador Dalí padre no podía admitir que una broma fuera tan lejos. El hijo intentó justificarse pero nada pudo aplacar la ira paterna. De modo que, a pesar de los ruegos del amigo Buñuel, Dalí padre echó a su hijo fuera de su casa y le prohibió volver.

El hijo recogió algunas de sus cosas, se afeitó la cabeza y se fue a la casa de Es Llané, de Cadaqués, a esperar que Gala llegara de París adonde había acudido tras su estancia en Sitges.

Tuvo la intención de que se alojaran, él y Gala, en el hotel Miramar de Cadaqués. Sin embargo, cuando se presentaron en la recepción, el dueño del hotel ya estaba al corriente de la ruptura entre padre e hijo y no se atrevió a contradecir al poderoso notario de la región. Se negó a alojar a la pareja. Lo mismo sucedió en otras pensiones y casas privadas. De repente Dalí era un marginado en su propio pueblo de veraneo. Gala, otra vez, era una intrusa en un lugar en el que le negaban una habitación donde pasar la noche.

Salvador llevó a Gala a Port Lligat, una pequeña aldea de pescadores a poca distancia de Cadaqués. Llamó a la puerta de Lidia, también llamada Lidia de Cadaqués a causa del retrato que de ella había hecho Eugenio d'Ors en su novela *La bien plantada*, un canto al eterno femenino. Lidia les dejó una choza de veintiún metros cuadrados de su propiedad, sin electricidad ni agua corriente. Sin embargo, la pareja se alojó tan gustosamente en aquella choza que, al día siguiente, con el dinero de los cuadros vendidos en la exposición de París, Salvador se la compró a Lidia. La pareja ya tenía su primera vivienda de propiedad.

En la Costa Brava los inviernos son fríos. Muchos días, además, sopla la tramontana. Las paredes de la cabaña, donde vivía la pareja, llenas de

rendijas, no protegían bien. Gala enfermó de pleuresía y no había manera de reponerse. Desde París, Paul Éluard le mandaba una carta tras otra suplicándole que lo dejara todo y se viniera a París donde la visitaría un buen especialista. Se podría curar, escribía Éluard, en el piso bien caldeado de Montmartre, justo debajo del Sacré-Coeur, que el marido de Gala había alquilado y decorado según el gusto sobrio de su mujer, o podrían irse juntos a uno de esos sanatorios en los Alpes donde se habían conocido. Paul seguía enamorado de Gala. Pero ella no estaba dispuesta a abandonar a Salvador, que la necesitaba. La miseria en que vivían los había unido aún más. Para Gala, Paul era el pasado.

El pintor veía a la mujer enferma con ojos enamorados cuando escribió que «su dolencia le había dado tal aspecto de fragilidad que, al verla en su nocturna camisa rosa de té, parecía una de esas hadas dibujadas por Rafael Kirschner, que parecen a punto de morir por el mero esfuerzo de oler una de las decorativas gardenias cuyo tamaño y peso son el doble de los de sus cabezas».

Al final, la pareja se desplazó a Málaga. Desde Barcelona, el viaje en tren duró tres días y tres noches. Gala estaba muy débil y se pasó el tiempo apoyando la cabeza en el hombro de Salvador, que no cesaba de preguntarse si no había cometido un error al emprender el viaje. Un amigo de estudios de Salvador ayudó a la pareja a alquilar una casita en Torremolinos, por entonces una pequeña aldea de pescadores. En el cálido clima del sur Gala se iba recuperando y ambos disfrutaron de paseos marítimos como en el verano de Cadaqués. Mientras Gala leía y tomaba el sol, Salvador trabajaba en su libro *La Femme visible* y en el cuadro *L'Homme invisible* que ya había comenzado en Francia. De vez en cuando recibían la visita de un grupo de intelectuales cercanos al surrealismo cuyas posturas políticas les hacían odiarse entre ellos. Algunos escribían sus poemas en clave de admiración hacia la Unión Soviética, otros llenaban sus versos con flamas fascistas. Dalí observó enseguida que en el momento en que esos versos se convirtieran en serpientes, la Guerra Civil estallaría, feroz y monumental.

A pesar de una grave escasez de dinero, la pareja logró descansar y Gala se restableció del todo. No obstante, los habitantes tanto de Torremolinos

como de Málaga se quedaron escandalizados ante el comportamiento de la pareja, que se había acostumbrado a bañarse desnuda y no tenía reparos en besarse en público en plena Semana Santa en Málaga.

Tras aquellas cinco semanas de vacaciones, Gala y Salvador se trasladaron a París. Paul, amigo incondicional, les dejó el piso en el que él mismo había aspirado a vivir con Gala y recuperarla definitivamente.

UN LANGOSTINO EN EL AURICULAR DEL TELÉFONO

En París el pintor apenas se ausentaba de casa; pintaba por la mañana y por la tarde. Gala salía cada día después de comer; iba a ver a los galeristas. Debajo del brazo llevaba una carpeta grande con telas y litografías. Otras veces introducía en una bolsa objetos surrealistas: un teléfono con un langostino encima del auricular, una *baguette* para adornar el peinado, unas uñas artificiales con pequeños espejos para mirarse. La mayoría de las veces no llegaba a vender nada. Con el poco dinero que le quedaba, por el camino compraba algo barato para cenar.

Al regresar, se instalaba al lado del pintor para contemplar minuciosamente el avance de las telas en las que había estado trabajando al tiempo que ella estaba fuera. Entonces se ponía a preparar la cena al tiempo que le daba ánimos a su «pequeño», a su «niñito», a su «pequeño Dalí» para seguir creando. Cenaban en la cocina de modo frugal; el salón, grande y luminoso, situado en la parte alta de Montmartre, se había convertido en el taller del pintor. Luego Gala lavaba los platos y arreglaba el piso porque no soportaba ni el mínimo desorden. Después de cenar, como en cualquier otro momento del día, Gala leía libros en voz alta y Salvador la escuchaba mientras pintaba.

Si lograba vender algo –siempre por un precio ínfimo–, la pareja se iba al cine. Dalí esperaba esas evasiones con Gala porque solo no se atrevía a salir

a la calle; más de una vez, presa de mareo y pánico, tuvo que volver a casa. Dependía de ella como un niño y ella lo cuidaba como una madre. Pero no se cansaban, era lo que ambos necesitaban. «Nuestra fuerza, la de Gala y mía, era vivir higiénicamente, siempre los dos solos», escribió Dalí en *La vida secreta*.

Una tarde Gala regresó a casa tras sus intentos de vender dibujos y objetos y se encontró al pintor observando atentamente un pequeño libro de dibujo tradicional siberiano que ella había traído de su viaje a Rusia en el año 1927. En el libro se reproducían dibujos que decoraban las casas y los objetos de uso diario. Tras contemplar unos caballos, pintados de acuerdo con la tradición siberiana con unas piernas muy largas y delgadas, Salvador se lanzó a dibujar unos elefantes según el modelo ruso: sus animales se sostenían en unas piernas tan delgadas que parecían las de una araña y tan largas que los cuerpos de los animales llegaban hasta las nubes. Años más tarde, el pintor utilizaría esos caballos y elefantes para ejecutar su conocido lienzo *La tentación de San Antonio*.

Otro día cenaron una baguette con camembert. Dalí observaba hechizado el queso y se negó a acompañar a Gala al cine. Al regresar, Gala se fue directamente al estudio del pintor para ver qué había pintado Salvador. Aquel día tardó en hablar. En el lienzo descubrió unos relojes que se derretían como el camembert. «Nadie que haya visto esto podrá olvidarlo», dijo finalmente. Dalí sabía que lo que decía Gala era cierto. No se cansó de observar ante sus amigos: «Gala no se equivoca nunca en su apreciación de la pintura». Al lienzo de los relojes derretidos le pusieron el título *La persistencia de la memoria*.

La primera ayuda llegó del vizconde De Noailles, que compró un cuadro aún por pintar y pagó por él veinte mil francos. Hacía un tiempo, el pintor Joan Miró, doce años mayor que Dalí, le había presentado al vizconde. Desde entonces, De Noailles seguía la evolución del pintor y de vez en cuando le compraba algún lienzo. Y puesto que ya se acercaba el verano, Gala empezó a hacer las maletas para que ambos pasaran el verano en la Costa Brava, en su choza de Port Lligat que mientras tanto un albañil había convertido en algo más sólido y acogedor.

PRIMERO SIENTO, LUEGO VEO

Mientras el tren nocturno los llevaba, a ellos y las telas que Salvador había acabado aquel verano en Port Lligat, otra vez de Cerbère o de Perpiñán a París a través de Carcassonne y Toulouse, Gala recordaba lo vivido durante los cuatro meses desde finales de primavera hasta principios de otoño. Port Lligat se había convertido para ellos en símbolo de una vida de soledad y ascetismo, una vida con solo lo más esencial, cuyo único lujo eran los libros y la pintura.

Gala rememoraba los paseos al cabo de Creus, cuyas formaciones rocosas le recordaban a Salvador aquel «gótico mediterráneo de Gaudí», según se expresaba entusiasmado, rocas que los pescadores habían bautizado como el monje, el camello, el águila, la mujer muerta, la cabeza de león. Pensó en sus paseos con baños en las calas que encontraban por el camino, en sus picnics, en las noches estrelladas cuando se sentaban delante de su choza a ver las olas y el ondulado paisaje iluminado por las partículas plateadas de la luna. Los pescadores, gente deliciosa: mientras los pueblerinos de Cadaqués los trataban con desconfianza y a veces incluso con hostilidad, los pescadores de Port Lligat les vendían pescado y legumbres, fruta y verdura, encantados de tenerlos entre ellos.

Evocó cómo Salvador contemplaba aquellas rocas; según el ángulo veía a un pez, o a un hombre abierto de piernas y entonces repetía en francés la frase de Heráclito que aquel verano habían leído juntos: *La nature aime se cacher.*[1] Y Gala se decía que también a ella le gustaría ocultarse y que quisiera ser como la naturaleza, en eterna metamorfosis, impalpable, enigmática, indescifrable.

Gala recordó sus días llenos, también, de trabajo: lavar la ropa, los pantalones cortos y camisetas de ambos, pero también las sábanas y las toallas, en un lavadero común, con agua fría; ir a buscar agua al pozo; comer lo que se encontraba en el mar, además de pan y garbanzos que nunca antes hubiera tocado. Y le vino a la mente un recuerdo de su infancia...

«... Tras mi enfermedad nuestra vida cotidiana recuperó su rutina: las clases que un estudiante impartía a mi hermano para el ingreso en el instituto; mis clases de lectura con mi madre, que siempre me leía, una y otra vez, el cuento de una luciérnaga hasta que me lo supe de memoria y pude recitarlo en voz alta mientras hacía la cama y quitaba el polvo de las mesitas de noche y las sillas, tareas que tenía que hacer para aprender a no despreciar a los que trabajaban en el servicio.»

Después de dormir un rato en el tren que avanzaba a través de la noche hacia París, evocó también la llegada a Cadaqués de Paul con una amiga, Nusch, una jovencita bonita y tierna. Sin embargo Paul solo tenía ojos para Gala y aunque ella no quisiera darse por aludida, los poemas que escribió no dejaban lugar a dudas. Sobre todo este...

Femme avec laquelle j'ai vécu
Femme avec laquelle je vis
Femme avec laquelle je vivrai

Toujours la même
Il te faut un manteau rouge
Des gants rouges un masque rouge
Et des bas noirs
Des raisons des preuves
De te voir toute nue
Nudité pure ô parure parée

Seins ô mon coeur[2]

Gala sabía que ni Paul ni ningún otro hombre la olvidaba fácilmente. Que ella, la Reina de la Noche, era indeleble, eterna. Max Ernst la había dibujado como una mala bruja. No le importaba. Una bruja sabe fascinar, endemoniar hasta el éxtasis. ¿Y qué es la vida si no esto?

Abrió su cuaderno y apuntó:

«No es la primavera de nuestra vida cuando comenzamos a comprender a Don Juan –el verdadero, el auténtico–, el que deposita todo su amor en un ser

al que cree perfecto y capaz de retribuirle con sentimientos aún más perfectos, y luego de repente descubre un pesado pedazo de carne de carnicería. Silenciosa, otras veces charlatana, indiferente, de espíritu somnoliento, bestial, caótica o vacía, cobarde, bastante tirana. Entonces, desesperado, abandona esa carne traidora y huye hacia una nueva esperanza, generoso, con renovada fe. Es una fábula de la decepción, una alta escalera de repulsión, una solución, prueba del sentimiento pervertido, rebajado, imposible, irrealizable.

»Yo me acerco a lo que sea en esta busca del orden. Primero, siento, luego veo, y finalmente oigo.

»Aprendí con retraso que desear la perfección en los detalles solo es posible cuando se trata de Dios, del amor, del arte o del radio: en la vida cotidiana se convierte en la exigencia mezquina y querellante que roe los cimientos de las relaciones y el mismo esqueleto de las grandes arquitecturas, vaciándolas como termitas.»

UNA INVITACIÓN A CENAR

Los Dalí –a estas alturas, nadie en París los llamaba de otra manera– tenían su rutina establecida: en verano, disfrutaban de su casita de la Costa Brava, el invierno lo pasaban en París. Ahora alquilaban su propio piso; un pequeño apartamento en el popular barrio periférico de Montrouge, entre Vanves y Malakoff. Las gestiones de Gala, su venta por las galerías, les proporcionaban el dinero justo para comprar lienzos y otros materiales y para sobrevivir con alguna salida al cine de vez en cuando.

Las únicas personas con las que a veces se encontraban eran los surrealistas, aunque a los dos les molestaba la postura política de André Breton y la mayoría de los demás. A principios de los treinta, a los surrealistas les parecía que el modelo soviético sería la mejor respuesta a los problemas sociales y la crisis económica que había surgido en Occidente tras el desplome de las bolsas de 1929. Pero Gala había visto con sus propios

ojos, durante su viaje a la URSS, la nueva injusticia que había aportado el régimen soviético. De modo que el grupo de surrealistas toleraba a Dalí y Gala y a la vez desconfiaba de ellos; Gala seguía sintiéndose entre ellos como una intrusa.

El hecho de que Joan Miró hubiera presentado Dalí al vizconde de Noailles resultó fundamental. El vizconde seguía toda la producción artística del catalán y le iba comprando pinturas; de hecho se convirtió en el primer coleccionista de su obra. Los Noailles, aristócratas y grandes banqueros, recibían en su casa, de vez en cuando, a algún que otro artista como Jean Cocteau. Fue allí donde se estrenó la película que Buñuel había rodado con guión de Dalí, *La edad de oro*, la segunda después de *Un perro andaluz:* un escándalo para muchos, una buena diversión para otros. Así lo habían deseado Buñuel y Dalí. Más tarde, el pintor declaró acerca de estas películas que «destruyeron en una sola tarde diez años de vanguardismo pseudointelectual de posguerra.»

Un día llegó a los Dalí una invitación a cenar en casa de los vizcondes de Noailles. Después de un día de trabajo intenso –cada vez más, Gala no solo servía de modelo sino que también ayudaba a confeccionar los objetos surrealistas y las esculturas– ambos se asearon y se vistieron de gala. Un taxi los llevó a la Place des États-Unis donde estaba situada la residencia de los vizcondes. Subieron la escalera del palacio; Gala lucía un pequeño sombrero nuevo adornado con un velo negro que mantenía en la sombra la intensidad de su mirada. Se había negado a ponerse un langostino surrealista encima de la oreja como le había propuesto Salvador. Quería pasar desapercibida, una mujer invisible, una sombra que entraba allí solo para ayudar a su compañero. Y es que para él una cena así era un sufrimiento y un riesgo: ¿y si le venía un ataque y se ponía a reír de modo histérico?, ¿o si se desmayara, o dijera alguna inconveniencia? Gala le rozaba la mano ligeramente y de vez en cuando le sonreía de modo imperceptible para infundirle confianza y tranquilidad.

La mesa alargada resultaba deslumbrante, preparada para más de cuarenta personas –cenaremos *en petit comité*, rezaba la invitación– con decenas de cubiertos de plata y varias copas de cristal tallado veneciano. Demasiado fastuosa para Salvador, que se negaba a que los camareros le sirvieran

comida. Estaba sentado ante su plato vacío, mirando sus copas vacías, pálido y mudo. Su actitud acabó llamando la atención del anfitrión que le preguntó de buen humor por qué no comía. Se hizo el silencio y todas las miradas se posaron en el pintor. El joven contestó con la máxima seriedad que en casa había comido un mueble bar, con la madera y el cristal; pero lo que le molestaba en el estómago era la madera, ¡sobre todo la madera le dificultaba la digestión! El vizconde repasó la mirada de los invitados; todos callaban, estupefactos ante el hecho de que aquel joven desconocido se atreviera a hablar en una cena de estómago y digestión, además con un acento duro marcando las erres a la italiana y pronunciando las es mudas: una manera de hablar bien alejada del refinamiento parisino. En medio del silencio embarazoso que se prolongaba y amenazaba con estropear la velada, además de dejar al joven *protégé* de los vizcondes en evidencia, Marie-Laure de Noailles se echó a reír dando a entender que solo ella sabía percibir el número surrealista que el joven pintor acababa de poner en práctica. Entonces, a la satisfacción de los anfitriones, todos los comensales se sumaron a la risa y, al reinstaurarse el silencio, Marie-Laure mostró *El juego lúgubre*, colgado entre un Cranach y un Watteau para poner en evidencia cuánto valoraban el talento del surrealista sobre el cual mantenían su mano protectora. Lo que para Dalí contó más fue distinguir las miradas de admiración que le enviaba Gala, fascinada de que su compañero hubiera sido capaz de salir airoso de una situación tan delicada.

Y es que solo ella conocía el gran esfuerzo que el pintor había de desplegar; él que no soportaba estar entre mucha gente y menos si se trataba de personas desconocidas, que quedaba bañado en sudor cada vez que tenía que cruzar la calle solo, que en el cine solo podía sentarse al final de la fila para poder salir corriendo en cualquier momento y cuya timidez enfermiza le impedía hablar en público. En aquel momento, en la cena de los vizcondes de Noailles, Gala se dio cuenta de qué debía hacer para ayudar a su «pequeño». La timidez, la vergüenza, la angustia y el pánico de Salvador no le dejaban hablar en serio en presencia de mucha gente, en cambio le permitían hacer una payasada y convertirse todo él en un personaje surrealista. A partir de ahora, se dijo Gala, Salvador podría salir en público como un personaje surrealista.

HUIR DE ESPAÑA

Y por fin, a finales del verano de 1935, Gala conoció a Federico García Lorca. En un texto suyo, Dalí describió la fascinación que Gala había sentido por la personalidad del poeta: «Se había quedado estupefacta ante aquel fenómeno pegajoso y lírico total. –Y añadió–: El efecto fue recíproco, durante tres días Lorca, maravillado, no me habló de otra cosa que de Gala».

Además de Lorca, a finales de aquel verano, los Dalí atendían a un visitante: su mecenas, el coleccionista de arte Edward James, un rico y estrafalario aristócrata inglés que no se dejaba ver sino en falda escocesa o traje tirolés. Según Dalí, James y Lorca se cayeron de maravilla: al igual que Gala, James «se quedó prendido en el pegamento de la personalidad lorquiana».

Dalí y Lorca se encontraron por última vez en agosto de 1935, un año antes de la muerte del poeta, en el conocido restaurante bohemio barcelonés El Canari de la Garriga, situado frente al hotel Ritz.

Los Dalí huyeron de España en octubre de 1935, diez meses antes de que estallara de Guerra Civil. De su casa de Port Lligat se llevaron a París todo lo que tenía algún valor, esencialmente las pinturas y las esculturas. La huelga general se había extendido por toda España. En Barcelona se organizaban manifestaciones, algunas de ellas violentas. En 1934 se había declarado el Estado Catalán. Gala reconoció que el ambiente en España se parecía al que había sobrevenido en Rusia como preámbulo de la revolución de 1917, que ella había vivido antes de trasladarse a París. No tenía ganas en absoluto de soportar por segunda vez esa experiencia que la había traumatizado. Tras su regreso a la capital francesa, Dalí empezó a dibujar su estudio para la que el año siguiente se convertiría en una de sus pinturas más emblemáticas: *Construcción blanda con judías hervidas (Premonición de la guerra civil)*.

No, no podía padecerlo por segunda vez, pensó Gala y cruzó por su mente el recuerdo del complot del cuartel general de policía contiguo a su casa en Moscú...

«... algunos jefes del ejército que exigieron una suma muy importante al propietario de nuestra casa a cambio de no bombardear el edificio, donde supuestamente se habían refugiado algunos de los jefes más destacados de los revoltosos, porque durante el día se había visto ondear la bandera roja asomando por la ventana de la caja de la escalera. Mucho más tarde se supo que, en efecto, un agente de la policía secreta se había prestado a ese acto de provocación, mero pretexto para justificar el ataque, al que luego seguían las proposiciones "conciliadoras" y muy caras. Se hizo una colecta entre los vecinos para ayudar un poco al propietario, que como era el más interesado en que sus casas no fueran demolidas, corrió con la parte más onerosa del ultimátum.»

DEL BARRIO POPULAR A LA *RIVE GAUCHE*

A finales de 1934, la pareja se casó en el consulado de España en París; previamente, Gala se había divorciado. Paul Éluard, que había comprendido que recuperar a Gala era ya imposible porque su ex mujer estaba cada vez más unida a Salvador, con el que llevaba ya cinco años compartiendo su vida, les aconsejó que legalizaran su situación siguiendo su ejemplo; Paul acababa de casarse. La víspera de su boda con Nusch le escribió a Gala: «Nada cambiará en mi vida, salvo que si quisiera abandonar a Nusch, sentiría menos escrúpulos estando casado, porque entonces su situación material se solventaría más fácilmente. Pero cada noche sueño contigo».

Gala, desde su infancia, era religiosa hasta el punto de llevar siempre consigo su icono que representaba la madre de Dios negra de Kazán. Le hubiera gustado una boda con una ceremonia religiosa, pero la Iglesia no le permitió a una divorciada casarse por segunda vez en un templo católico. No fue hasta los cincuenta, años después de que los Dalí tuvieran una audiencia con el Papa de Roma, que la Iglesia permitió a la pareja casarse en un templo católico: en el Santuario de la Mare de Déu del Àngels, cerca de Girona.

Gracias a la ayuda del vizconde de Noailles, Dalí tenía cada vez más encargos, exposiciones internacionales y su arte subía de valor. Gala, que siempre había estado al lado del pintor observando de cerca cada una de sus obras, empezó entonces a trabajar activamente en el taller de su marido, ayudando a confeccionar sus obras de arte.

Para Dalí pintar era como respirar, sus pinturas estaban bien cotizadas y la pareja pronto pudo dejar su minúsculo piso en el barrio popular de Montrouge para trasladarse a la rue de l'Université, en plena Rive Gauche, uno de los barrios más artísticos, bohemios, elegantes e intelectuales a la vez. Gala dejó de preparar sus ensaladas austeras porque la pareja empezó a frecuentar los más sofisticados restaurantes parisinos y viajar por todo Occidente para asistir a las inauguraciones de las exposiciones de Dalí.

EL ÉXODO

En la segunda mitad de los treinta los acontecimientos se precipitaron. Hitler estaba en el poder en Alemania desde 1933. Dalí nunca había levantado el brazo para saludar a los que llevaban las botas negras; era, además, al igual que Gala, enemigo acérrimo de la izquierda prosoviética. La pareja temía la tormenta que amenazaba desde la derecha y la izquierda, además de la Guerra Civil que destrozaba España.

En julio de 1936 el gran amigo de Dalí fue asesinado en Granada. Federico García Lorca, «el poeta más apolítico de la tierra, murió simbólicamente», escribió el pintor. Si Gala lo dejaba solo, aunque fuera por pocos días, durante los años que duró la Guerra Civil en España, Dalí enfermaba de un conflicto interior: una voz le obligaba a compartir la suerte de los suyos, otra se lo impedía; esta segunda voz estaba inspirada por los argumentos de su mujer que había vivido la premonición de la revolución rusa en su país.

En 1939, cuando se firmó el pacto germano-soviético que convertía a

Hitler en un aliado de la URSS, hacía tiempo que Gala había sugerido marcharse de una Europa en llamas hacia Estados Unidos.

En junio de 1940 las tropas alemanas empezaron a ocupar Francia. Gala, sin escuchar siquiera las protestas de Salvador, dio la orden de empaquetar lo más importante y marchar de la costa de Burdeos donde pasaban aquel verano. Con las maletas hechas, la pareja se separó por unos días.

A pesar del grave riesgo que eso suponía, Dalí se fue a Figueres a despedirse de su padre, de su hermana y de otros parientes. Llegó a las dos de la madrugada. A pesar de la hora intempestiva toda la casa se despertó y Salvador pudo abrazar a su padre y a su hermana. Comprobó que su ciudad natal había quedado parcialmente en ruinas tras la Guerra Civil y que su hermana Anna Maria había sufrido un trauma después de su captura; su padre, un librepensador con rasgos anarquistas, se había convertido en franquista. Dalí escribió sobre ello en una carta a Buñuel (mantenemos su ortografía surrealista):

«Metieron a mi hermana en prision en Barcelona los rojos 20 dias (!) i la martirizaron, se ha buelto loca, esta en Cadaques, le tienen que dar la comida por la fuerza, i se caga en la cama, imaginate la tragedia de mi padre al que le an robado *todo*, tiene que vivir en una casa de huespedes en Figueres, naturalmente le mando dolares, se ha convertido en un fanatico adorador de Franco que considera un semi-dios, el glorioso caudillo como dice. El ensayo revolucionario a sido tan desastroso que todo el mundo prefiere Franco. Recibo a este sugeto noticias colosales. Catalanistas de toda la vida, republicanos federales, anticlericales acerrimos, me escriven entusiastas por el nuevo regimen!»

Dalí fue a ver –tal vez por última vez, según creía– su casita en Port Lligat donde había sentido una intensa felicidad; allí abrazó a Lidia de Cadaqués que había sobrevivido por milagro gracias a su astucia y se mantenía todavía «muy bien plantada», según la apreciación de Dalí. Se aseguró de que su casa, la de él y Gala, con fuertes paredes, no había sufrido gran daño durante la Guerra Civil si no se tenían en cuenta las pintadas hechas por los soldados de ambos bandos.

Mientras tanto, atravesando la España en ruinas, Gala huyó a Lisboa

donde, con gran eficacia, sangre fría y sentido de la organización, dejó todo preparado para su partida. Éluard, que al contrario que sus compañeros surrealistas Max Ernst, André Breton y otros, decidió quedarse en Francia y compartir el destino de su país, le escribió a Gala una carta de despedida: «Sed buenos y fuertes. Si tú me faltaras, se vendría abajo toda mi formación. ¿Y sobreviviría mi esperanza? Tiendo grandes puentes sobre la vida pero tú eres su punto de partida. No me abandones más. Tu dicha, tu confianza en la vida me son imprescindibles. No son las guerras las que pueden separarnos. Nos amamos para vivir».

Dalí no deseaba marcharse pero lo hizo a instancias de Gala. En esta situación decisiva ella se mostró fuerte, valiente y tenaz. Arregló los papeles de ambos, hizo llevar sus posesiones al barco *Excambion*, de la American Export Line que, dieciséis días más tarde, debía llegar al puerto de Nueva York en Hoboken.

Así pues, en agosto de 1940 embarcaron junto a sus amigos Man Ray y René Clair; Gala vestida con un traje chaqueta de Coco Chanel, que se había convertido en una buena amiga, Dalí con un traje negro a finas rayas. Durante el trayecto inventaron lo que Dalí debía comunicar a los periodistas norteamericanos. Durante su primer viaje a Estados Unidos, seis años antes, ambos aprendieron que una gran parte de la prensa americana era sensacionalista; por eso era imprescindible evitar el show anterior –langostinos y costillas volantes– y hallar una nueva fórmula para captar la atención. La encontraron: era el retorno al clasicismo, una nueva etapa que iniciaba el pintor. Además, tenían la intención de anunciar la autobiografía, *La vida secreta de Salvador Dalí*, que hablaría de su camino desde el *enfant terrible* del surrealismo al salvador del arte moderno.

Al embarcar Gala tomó la mano de Dalí y la mantuvo en la suya hasta el final de la travesía. No sabían si volverían a Europa pero estaban preparados para empezar juntos una nueva vida. Pasarían ocho años en Estados Unidos.

DE UN BOSQUE CENTENARIO

El primer lugar donde fueron a parar en Estados Unidos era una gran mansión, Hampton Manor, en Virginia, al lado de Fredericksburg. Caresse Crosby era una amiga americana, a la que habían conocido en las cenas de los aristócratas de París adonde acudían también los diseñadores de moda como Coco Chanel. Caresse los invitó a su mansión, junto a varios otros refugiados de una Europa en guerra, entre ellos Anaïs Nin. Dalí escribió desde allí a su hermana Anna Maria:

«Hace un par de semanas que estamos instalados en este lugar tranquilo en medio de un bosque centenario –Nuestra casa es extraordinariamente confortable, una inmensa biblioteca en la cual cada noche hacemos con Gala descubrimientos sensacionales–, cinco personas de servicio (todos negros como carbón de antracita), dos caballos para montar, un lago para bañarnos *et tout et tout*.»

La anfitriona adjudicó a la pareja Dalí, a parte de un dormitorio, un estudio donde el pintor pasaba gran parte del día trabajando. Allí también redactó sus memorias *La vida secreta de Salvador Dalí*, dedicado «A Gala-Gradiva, la que avanza», un canto de amor a su mujer. Gala colaboró ampliamente en la elaboración del libro y su corrección, según confiesa en sus textos autobiográficos.

«Leí con pasión –apuntó, hablando de los tiempos que les tocó vivir–, buscando la alegría en las palabras y la precisión del pensamiento, o simplemente el plácido y honesto relato de los acontecimientos pasados o documentos exactos sobre los sentimientos invasores, o tormentosos, así pasé el primer año de guerra. Luego la huida y después llegué a Virginia, jadeante y muy abatida todavía por la fuga de Francia y de todo lo relacionado con ella. Habíamos sufrido amenazas y corríamos un peligro extremo. Entonces yo lo único que deseaba era descansar, descansar aunque fuese por poco tiempo, y la soledad más absoluta, solo podía ver el rostro de aquel al que amaba y conocía desde siempre, solo encontraba tolerable la compañía de un animal al que apenas percibía durante mis paseos por los bosques. A veces la presencia

de un afgano negro, alto, frío, digno e indiferente me aportaba ese dulce aliento que apenas te roza pero no te toca jamás. Otras veces, ya avanzada la tarde, mucho rato después de la puesta del sol, que tanto serena, refugiada en el más oscuro rincón de la más negra oscuridad, yo podía soportar la visión de su ojo perdido, apenas iluminado en el rostro negro, que la rápida llegada de la negra noche borraba.

»Todo lo que es ligereza, frescor, liberación de la responsabilidad, quedaba muy lejos de mi alcance y me resultaba apenas imaginable. Yo sentía como si un muro me separase de todo aquello y sentía un gran malestar ante la mera idea de que pudieran rodearme, acercárseme. Permanecía hundida en el fondo de mí misma y sin darle a nadie la menor señal de vida.»

A continuación Gala recuerda su amistad con un estudiante al que compara con un árbol y lo señala con la letra A. Tras un ataque a la tranquilidad en su refugio de Virginia, ese amigo ayudó a los Dalí en una situación difícil y luego pasó con ellos unos días en Hampton Manor:

«Un incidente desagradable y pasablemente grotesco nos acercó definitivamente. Fue en Hampton Manor, en plena noche precedida de una velada de otoño idílica, transida por el zumbido de los insectos y los cantos de los grillos. Contentos de acabar el hermoso e intensamente laborioso día, con un juego tan inocente como la fabricación de una pequeña jaula con dos rebanadas de pan blanco unidas con mondadientes, donde encerramos dos grillos, nos acostamos muy divertidos y acunados por su dulce canto, protector del hogar. Unos golpes terribles que sacudían la misma pared de nuestra alcoba me despertaron bruscamente. Salté de la cama y al abrir la puerta de par en par vi literalmente caer sobre mí un inmenso cuerpo de hombre. Era el antiguo dueño de la casa, completamente borracho, que arrastraba a una mujer aun más borracha que él, si es que eso era posible. No tenía ningún derecho a entrar en aquel sitio, pero como nos faltaba valor para protestar o para luchar, al amanecer nos levantamos y después de hacer febrilmente el equipaje y empaquetar los cuadros, etcétera, declinamos la amable invitación de compartir el techo con aquel famoso excéntrico empapado de alcohol, y nos dirigimos a Washington.

»En cuanto llegamos me dirigí a A. para que nos ayudase a salir de aquella

situación tan embarazosa. Como aquel incidente pintoresco había interrumpido el trabajo, que corría prisa, estábamos verdaderamente afligidos.[...]

»Pasados unos días nos llevó a Nueva York y desde allí, cuando Hampton Manor fue desembarazado del falso dueño, A. nos llevó de vuelta. Como ya había terminado sus exámenes se pudo quedar con nosotros en Virginia y ayudarme a reorganizar el funcionamiento de la casa, que para mí en aquel momento era algo complicado porque no hablaba palabra de inglés, no tenía coche y estábamos lejos de la ciudad que nos sustentaba. Desde luego sola lo hubiera pasado mal, pero así todo resultó fácil. Todas las mañanas íbamos a aprovisionarnos a Bowburgreen, después de almorzar A. me ayudaba en mis tareas para arreglar el libro de D. y al atardecer dábamos largos paseos a pie por los bosques de los alrededores. Y más tarde, después de cenar, en el rincón de la chimenea, mirábamos libros, escuchábamos conciertos o jugábamos al ajedrez...»

Al cabo de unos meses los Dalí volvieron a Nueva York, con muchos lienzos acabados y un libro debajo del brazo que pronto se publicaría traducido al inglés. A base de sus contactos con personas adineradas de París, además de sus vínculos del año 1934, cuando habían realizado su primer viaje a Nueva York, pudieron establecer relaciones nuevas con gestores culturales y americanos acaudalados y poderosos. En cambio, no hacían mucho caso a los artistas e intelectuales refugiados franceses. Como cuando Gala, una rusa en París, no frecuentaba a los exiliados rusos en la capital francesa, cosa muy poco habitual entre los rusos. Gala no solía visitar demasiado el pasado, salvo cuando retrataba *su* pasado en las memorias. Al fin y al cabo, según Dalí, era «la que avanza»; la misma afirmación hizo sobre ella, en sus memorias, su amiga de la época rusa, Asia, o sea Anastasía Tsvetáieva: «Gala siempre iba hacia delante».

UNA HEROÍNA RUSA

Gala, que tenía talento para los idiomas, aprendió rápidamente el inglés y pronto fue ella quien se encargó de los aspectos prácticos. Como las heroínas fuertes y transgresoras de la literatura rusa, capaces de cualquier sacrificio, las Tatiana, las Sonia y las Dunia, que determinaban la vida de sus enamorados, Gala decidía dónde se expondrían los cuadros, quién sería el mecenas y la clientela e incluso qué publicidad se llevaría a cabo para promocionar a Dalí; fijaba el precio de los cuadros y ordenaba las transacciones bancarias. Ella, que había adquirido mucha experiencia en París, ya no quería cometer más errores: decidió que no deseaba volver a ser una intrusa en un grupo cerrado de artistas. Ella y Salvador tomarían un camino propio. Fue también ella la que firmó el contrato y se encargó de la parte práctica de la exposición retrospectiva de Dalí y Joan Miró en el MoMA neoyorquino, del 19 de noviembre de 1941 al 11 de enero de 1942.

Lo único que no resolvía ella era la temática y la elaboración de los cuadros. Gala seguía el proceso creativo sin molestar, prestando un apoyo incondicional y dando su opinión más honesta. Fue en aquella época que Dalí pintó algunos de sus lienzos más importantes recordando la Europa en llamas y la destrucción que había dejado atrás: *Visage de la guerre* (*El rostro de la guerra*, 1941) o *Girafes en feu* (*Las llamas*, 1942).

Estados Unidos trató muy bien a Dalí. Pero Gala ya raramente exhibía su sonrisa franca de antes; se volvió una mujer codiciosa, mujer de poder y dinero con una mirada dura y una máscara inescrutable sobre el rostro; no podía olvidar lo que había visto en la Unión Soviética: algunos de sus amigos de antaño empobrecidos por el régimen nuevo hasta la mendicidad; Gala sufría cada vez más imaginándose que algo parecido le podría suceder a ella. Ahora que podía quería acumular dinero. Los momentos de franqueza y dulzura solo los guardaba para su amado.

En la inmediata posguerra, en 1945, Salvador y ella estaban alojados en el mejor hotel de Nueva York, de tamaño mediano pero muy lujoso: el St. Regis, en pleno centro comercial de la ciudad, entre la Quinta Avenida y la avenida Madison. Fue allí donde un día Gala recibió un telegrama en el que su hermana Lidia, que ahora vivía en Viena con otro marido, le comunicaba la muerte de su madre. Desde que Gala la había visitado en 1927, se escribían

pero Gala no volvió a ver a su madre. Estaba tan ocupada con Salvador que vio poco a los demás, aunque se reunía con su hermana Lidia siempre que podía y mantenía una intensa correspondencia con todos sus seres queridos, incluida su hija Cécile, que ya se había casado.

Tras la muerte de su madre, su padre, que seguía viviendo en la calle Trubnikovski 16, le habló en sus cartas de su soledad, aunque seguía teniendo clientes y se había hecho amigo de una vecina, una señora mayor, y de su nieta. En las fotos se le veía todavía con buena planta y un fino bigote de actor de cine.

Pero lo más importante era otra cosa: a Gala Rusia la asustaba y todo lo que venía del país de los sóviets la intimidaba. Tenía pánico al comunismo y sus métodos. En eso nunca se pusieron de acuerdo con Paul, cuya utopía siempre había sido la izquierda radical, la soviética, y quien siempre fue, incluso en el momento de su muerte en 1952, un comunista convencido.

Pero tampoco era esto; hubo algo aún más importante: «acabar con aquella vida de disputas, de escenas, de rencores, la vida de familia desunida que vivíamos»; así lo formuló. Gala simplemente no quiso volver a ver a su familia porque esta la incomodaba y ella siempre se apartaba instintivamente de todo lo que le desagradaba. A aquellas alturas ya estaba más allá y no tenía ganas de revivir un pasado turbio.

Sin embargo, a pesar de las voces de los que la conocían en aquella época y la juzgaban como una mujer dura, egoísta, despiadada y severa, Gala –y Salvador conocía bien esta contradicción suya, por eso hablaba de ella como de una esfinge que nunca nadie sabría descifrar– no había perdido la franqueza, la fragilidad, la timidez y la dulzura en su interior más hondo y consigo misma cuando apuntaba:

«Contra los males definitivos, irremediables, irreductibles, irreparables como la marcha del tiempo inaprensible, ágil, incontrolable; contra la brutalidad activa, devoradora, de la estupidez; para defender el camino de los raros y nuevos descubrimientos de algunos hombres; para preservar la inesperada e inaudita felicidad de amor tierno, grave, fresco, joven, desinteresado; contra el catastrófico deseo incendiario, delirante, de instaurar la muerte, la muerte en lugar de la vida; para defender la catedral de amplias

escaleras que suben hacia San Pedro de Roma; para conservar los largos días llenos de tranquila felicidad, profunda, sin límites, sin declaraciones, sin precio; para defender las noches de espejismo, noches ahogadas en claro de luna, color del polvo rubio del desierto, noches tiernas, noches exaltadas de dulzura, noches de posesiones inestimables: y muy cerca de nosotros, tomados por el único contacto del dedo del pie, y un poco más arriba, en nuestra cabeza invadida por una alegría tan densa que aunque sea infinita no supera el límite inmediato de la caja craneal, y en la jaula misteriosa, respetada, adorada de aquel que comparte nuestro sueño, nuestro lecho, nuestro tiempo; contra el peligro que corren los hombres más admirables, contra su angustia, su hambre, su ruina, la absorción de su tiempo, contra la mortal angustia de la juventud aniquilada, contra el bienestar de la vejez, contra la guerra, la peste, la miseria, la estupidez... lo único que tengo es la simple y penosa magia del trébol de cuatro hojas. ¡Qué desproporción! ¿Verdad?»

---

1. A la naturaleza le gusta esconderse.

2. Mujer con la que he vivido / Mujer con la que vivo / Mujer con la que viviré / Siempre la misma / necesitas un abrigo rojo / guantes rojos una máscara roja / y medias negras / razones pruebas / de verte desnuda / Desnudez pura, oh, gala engalanada. / Pechos, oh, corazón mío.

III

LA VELOCIDAD DE LA VIDA

Han pasado casi cuarenta años. Gala ha cumplido los ochenta y ocho y acaba de volver de la clínica Puigverd de Barcelona a su casa de Port Lligat. En los últimos tiempos se ha caído varias veces y se ha roto distintos huesos. La han operado pero le queda poca movilidad. Quiere morir.

Como los judíos dejan unas piedrecitas sobre las tumbas de sus rabinos y filósofos predilectos mientras formulan un anhelo, Gala va dejando en distintas grietas y fisuras trocitos de papel, arrugados en unas minúsculas bolas, con sus deseos. Un buen amigo suyo y de Salvador, el pintor Antoni Pitxot, encontró una de esas bolitas en una rendija de su casa de Cadaqués. Decía: «Que Dalí esté fuerte, sano, saludable, que camine perfectamente, que no tiemble más, esté alegre, contento, fuerte, sano, feliz, que podamos ir a Nueva York, que yo sea sana, bella, maravillosa, joven; que se produzca un milagro».

El milagro no se ha producido. Gala sufre y quiere morir. Cuántas veces le ha dicho a Salvador: «Júrame que me matarás». Pero su pequeño Dalí ha faltado a su juramento.

Una vez casi lo hizo, y no hace mucho. Fue en París, en el hotel Meurice donde siempre se alojan. Debido a una pesadilla, o tal vez en uno de los arrebatos de violencia que solían acompañar a su ansiedad, la tiró de la cama al suelo. Luego desapareció. Ella pensaba que se había cumplido su peor pronóstico y que la había abandonado el ser a quien más había amado en su

vida. Desde su infancia ha tenido pánico a que la abandonaran. Pero al cabo de lo que a ella le pareció una eternidad, Salvador regresó a su lado. Asustado de lo que le podía haber pasado había ido a buscar a un médico que en aquel momento entraba en la habitación.

Está en la cama; sobre la mesita de noche ha colocado el icono de la virgen negra de Kazán que su madre le regaló cuando se fue de viaje a Davos, hace setenta años. Desde entonces lo lleva consigo a todas partes. Y también hay en la mesita unos libros y un montoncito de fotografías. Se incorpora para mirarlas y cuando se cansa, se estira y dirige la mirada al techo. Le vienen a la memoria personas e imágenes, percepciones y figuras, escenas y pensamientos. Y más imágenes...

EL PATRIARCA

En esta foto está ella con Salvador y su padre. Al regresar de Estados Unidos, en 1948, Salvador se empeñó en llegar a la casa paterna como un triunfador. Y así lo hizo. Gala conducía maravillosamente bien el cadillac azul oscuro que hicieron traer desde Estados Unidos y que había hecho furor al descargarlo en el puerto de una Barcelona de posguerra. Gala aparcó el coche amplio delante de la casa del patriarca, Es Llané, en Cadaqués. Nadie podía creer lo que veía.

La foto que Gala está examinando la sacaron entonces: Salvador lleva aquella camisa oscura y estilizada con un toque vaquero pero refinado que tanto le gustaba. Fue entonces cuando el temible Salvador Dalí padre –que había desheredado a su hijo y había mandado a la guardia civil a echarlos, a Salvador y a ella, Gala, fuera de Cadaqués– dejó de tratarla como a una intrusa. Ahora recuerda que en el año 1935 Salvador se había reunido con su padre y con otros miembros de la familia para hacer las paces; por prudencia, ella no había querido asistir. Luego, Gala se enteró que en aquella ocasión el notario había tratado a gritos a su hijo, que se echó a llorar; al final, ambos se

arrojaron en los brazos el uno del otro. Cuando por fin ella y el notario se conocieron, el padre de Salvador la trató con amabilidad y la aceptó en la familia.

En cambio, la hermana, Anna Maria, no dejó nunca de mirarla con recelo. De joven, Salvador la adoraba y la pintaba a ella, a Anna Maria, de perfil y de espaldas, ella fue su inspiración y su musa en una docena de cuadros. Al conocer a Gala, su hermana desapareció de sus lienzos; solo retrataba a Gala, la única presencia en su pintura y en su vida.

Además, Anna Maria acababa de publicar un libro sobre la infancia de su hermano aprovechando su fama: *Salvador Dalí visto por su hermana*. No, de hecho no lo había escrito tanto para aprovechar la celebridad de su hermano como para vengarse de Gala. Mientras que Salvador en su autobiografía, *La vida secreta de Salvador Dalí*, prohibida en la España franquista, insistía en haber sido un rebelde desde su tierna infancia, el texto de Anna Maria lo presentaba como un angelito obediente y burgués que se descarrió «bajo influencias ajenas a la familia». Salvador se enfadó y Anna Maria le echó la culpa a ella, Gala, por el desapego que le mostraba su hermano. Las dos mujeres nunca congeniaron; Gala desplegó todos sus esfuerzos para apartar a «su pequeño» de su hermana.

Según el recuerdo de Gala, Salvador pudo acompañar a su padre mientras este agonizaba. Padre e hijo se despidieron antes de que el notario muriera en marzo de 1950.

Sin embargo, al conocer su testamento, Salvador y Gala comprobaron que el padre había desheredado a su hijo por segunda vez: había legado todos sus bienes a su hija. «Genio y figura hasta la sepultura», dijo Dalí.

BUÑUEL EN LA PLAYA

Ahora observa una foto que sacaron en la inauguración de una exposición de Salvador. Detrás de ellos hay una joven con los ojos semicerrados y la punta

de la lengua fuera; no se sabe bien si la chica sufre, está muriendo o si está experimentando un éxtasis. Y Gala tiene una súbita reminiscencia...

Seguramente esta escena ocurrió en el año mágico de 1929. Un día claro, radiante, el cielo de un azul intenso. Salvador la llevó de excursión en barca, les acompañaba Luis Buñuel. Y Cécile. Tal vez había venido también Lidia de Cadaqués. Pero no hubo buena sintonía. Soplaba la tramontana y todos estaban crispados. No obstante, los cuatro admiraban la luz que inundaba las rocas y las playas que nadie sabía representar tan bien como Salvador. Aquella luz surrealista se ve incluso en los retratos de ella, piensa Gala, va resbalando como un líquido de su frente a las mejillas y los senos desnudos, y la convierte en una especie de virgen renacentista que podía haber pintado Antonello da Messina.

Durante aquella excursión Buñuel la irritaba, pero seguramente ella a él aún más, lo percibía con toda claridad. Llegaron a una playa, tal vez la de cabo de Creus. Cécile y Lidia se fueron a buscar mejillones a las rocas, Luis y Salvador empezaron a discutir sobre pintura. Luis se puso irónico, mientras a Gala Salvador le parecía un niño tímido e indefenso. Como siempre, ella sintió lástima y se puso de su parte. Buscó el punto flaco de Luis. Habló con sarcasmo y menosprecio de sus películas que nadie entendía y que, económicamente hablando, eran la ruina. Luis se le echó encima y quiso estrangularla. Salvador, chillando, intentó apartar los alicates de los dedos de Luis del cuello de ella. Y entonces... en un momento dado ella se dio cuenta de que Luis empezó a verla desde otro punto de vista: como a una mujer. Al percatarse del cambio, ella hizo ver como si estuviera muriendo pero también como si se estuviera entregando. Sacó la punta de la lengua. Buñuel entonces borboteó: «Te mataría solo por esto; por ver la punta de tu lengua». Le pareció recordar que esto fue lo que dijo. La escena la hizo feliz.

MARINA

La siguiente foto que contempla es una de Marina. Aquel día Gala había ido a visitar a las hermanas a la casa de los Tsvetáiev en Moscú y Marina y ella se quedaron solas. La poeta se puso a recitar sus versos de memoria. Únicamente para ella. Una poeta con gran autoconfianza. Aunque en aquella época solía infundirse la confianza por medio de algunas diabluras.

Después de recitar y leer su poesía, Marina se echó sobre el sofá, la abrazó y se puso a besarla. Les excitaba a ambas la sensación de que en cualquier momento podía entrar alguien y sorprenderlas. Al final eso acabó ocurriendo: llegó Serguéi Efrón, el marido de Marina, con unos amigos, contento de haber encontrado a las dos chicas para tener compañía. Durante aquella velada Marina y ella estaban sentadas en el sofá cogidas de las manos; de vez en cuando se daban algún beso.

Gala lo intuye bien: Su hermano mayor, con su enamoramiento y sus celos, le ayudó a definir cómo sería su vida amorosa posterior. Desde que se había introducido a escondidas en su habitación, ella deseaba amores secretos, caricias robadas y encuentros imposibles.

Luego, unos quince años después del encuentro con las hermanas Tsvetáieva, Marina y Asia, en París, Gala recibió una carta en la que su hermana Lidia le informaba de que Marina, a su vuelta a la URSS, donde había ido a reunirse con su marido y su hija para cuidar la salud de ambos, no tardó en suicidarse tras la muerte de su marido a manos de la policía. Por su parte, Asia y la hija de Marina, Ariadna, pasaron largos años en los campos de trabajos forzados.

ASIA EN PARÍS

Sí, tantos años en el gulag, pobre Asia... Pero fue Asia quien le recomendó a Marina que regresara a la URSS, ella misma se lo confesó a Gala... La foto que Gala contempla ahora es la de Asia y Marina adolescentes, cuando Gala las visitaba a diario. Aquella época de sueños sobre el futuro...

Después del encuentro que Gala tuvo con las dos hermanas en un café céntrico de París, Asia quiso conocer a Paul. Gala la esperó en la estación de cercanías para llevarla a su casa en Eaubonne. La amiga se quedó de piedra al ver las paredes del palacete cubiertas por los frescos surrealistas de Max Ernst. Con sus tazas de té se acomodaron en la espaciosa cocina, bañada en el sol de la tarde. Entonces Gala se imaginó a su Asia, antes tan cosmopolita, como una mujer soviética y apenas le preguntó nada sobre su vida. En cambio su amiga la animaba: «Galia –solo los rusos la llamaban así–, ¡cuéntame cómo es tu hija!» y: «Galia, ¡cuéntame cosas acerca de tu marido! ¡Y sobre tu familia francesa, sobre tus amigos, va!».

Gala le iba narrando lo que consideraba importante. Ambas amigas se veían obligadas a tender un puente que uniera la orilla del presente con aquella en la que se hallaban hacía diez años. Por la narración de Gala Asia se dio cuenta de que la cháchara infantil no era lo que motivaba a su amiga y por eso se abstuvo de preguntar por la ausencia de Cécile en su casa. Gala le confesó que su relación con Paul había sufrido muchos altibajos pero que los unía un vínculo fuerte, irrompible. Cuando le estaba contando su viaje a Indochina en busca de su marido, Paul llegó a casa.

Gala leyó en los ojos de Asia que Paul la había deslumbrado, seguramente también por el hecho de ser un poeta conocido. «Se parece usted a Mayakovski», le dijo en un momento. En cambio la expresión de Paul delataba la sensación de haber quedado decepcionado al ver a la amiga de su mujer. El francés de Asia había empeorado mucho, la joven se interrumpía con frecuencia para buscar una palabra. Además todo su exterior transmitía un cierto provincianismo. «Eso hacía en la gente el Moscú de aquellos años», suspira Gala y alisa la foto.

Luego Asia tocó un tema que la unía con Paul: el del comunismo como ideal a perseguir. Gala notó que su marido empezaba a percibir a su amiga con un interés creciente, sobre todo cuando Asia le contó el dilema que tenía Maksim Gorki acerca de la Unión Soviética; poco antes Asia había visitado al escritor en Sorrento.

Gala desvía la mirada de la foto y piensa que nunca ha leído a Gorki, ni entonces ni más tarde, porque lo considera un autor proletario y por lo tanto un

ideólogo sin interés. Pero aquel día Gala leyó en los ojos de su marido que Paul empezaba a considerar a Asia como una joven digna de su compañía. Salió al jardín donde cortó rosas para un gran ramo con el que obsequió a su amiga.

Antes de que Asia se fuera, Paul le regaló una pieza de su colección de arte: una pequeña escultura traslúcida que representaba un elefante. Asia no se decidía a aceptar el regalo y Gala aprovechó aquel momento para decirle en voz baja y en ruso que no veía con buenos ojos que Asia intentara atraer a su hermana Marina a la Unión Soviética; al mismo tiempo le pidió disculpas por tocar un asunto que no la atañía.

Gala acompañó a Asia a la estación. Antes de despedirse, su amiga le dijo:

«Tú no sabes lo que es levantarte cada día con la felicidad de construir algo para tu país.»

Gala abrazó fuertemente a su amiga porque presentía que no volvería a verla.

PAUL

Paul siempre fue el pasado. El buen amigo que no dejó de escribirle cartas enamoradas hasta su muerte en 1952, a los cincuenta y siete años. Gala recuerda haberle mandado telegramas «Amor mío, te quiero, te añoro», y hacer el amor con él cuando ya vivía con Salvador, no sabe cuántas veces. Muchas. Hacer el amor con tu pasado. ¿Cuándo se convirtió Paul en su pasado? ¿El año en que ella se enamoró de Max Ernst? ¿O antes, quizá el día en que nació Cécile? No. Fue antes de todo esto. Paul se convirtió en su pasado el día en que se casaron.

Hace treinta años que sobrevive a Paul, treinta años que guarda toda la correspondencia de su primer marido. A lo largo de los treinta años, en los momentos difíciles, releer sus cartas le daba fuerza. Pero siempre acaba

cansada de ese pasado. Paul terminó quemando las cartas de ella para no dejar vestigio. Mejor. Ella no quiere dejar huellas. Le gustaría desaparecer como cuando recortó su cara de una foto y lo que quedó de ella es la forma vacía de la cabeza de un gato. Intenta no dejar rastro ni pista. La gente la considera una esfinge porque no la entiende. Y muchos no la quieren precisamente por eso: los enigmas no gustan.

Recuerda un poema que Paul le dedicó:

> Dadora mundo en movimiento
> Rodeada de placer como un fuego
> En la sombra te diriges mejor que una sombra
> Cabeza acordada.
>
> Mi corazón late en todo tu cuerpo
> En tus refugios preferidos
> Sobre la hierba blanca de la noche
> Bajo los árboles ahogados.

El poema es mucho más largo pero ella ha olvidado el resto.

EL CASTILLO

La foto que se halla debajo de la de Paul es un retrato de Gala, sentada en el suelo del castillo de Púbol, escuchando a su acompañante, Michele Pastore, tocar el piano. Gala llevaba un vestido rojo vivo con adornos dorados y tenía un aire de princesa oriental. O más bien de una sultana de las mil y una noches, o una zarina. En la foto no se le ve muy bien la cara y la postura es la de una mujer joven, pero Gala es consciente de que en aquella época había perdido definitivamente su aspecto juvenil que guardaba aún como sexagenaria. Luchaba contra la edad con uñas y dientes: se había hecho varias operaciones plásticas y llevaba una peluca con el peinado que la caracterizaba –que, si se

acordaba bien, le había aconsejado la modista con la cual había trabajado más, su amiga Coco Chanel– adornado atrás con un lazo negro. Además, por primera vez en su vida dejó los tonos oscuros o pálidos para dar preferencia a los colores vivos que iluminaban su rostro.

Salvador le regaló un antiguo castillo de piedra, totalmente remodelado para poder vivir en él cómodamente: una casa solo para ella. Dalí intuía que su mujer empezaba a aburrirse con él y le hizo ese obsequio para poner algo de distancia entre ellos, esperando que la pasión de Gala se dirigiera otra vez hacia él.

Gala, por su parte, no tenía energía para aguantar los muchos visitantes que Dalí invitaba a su casa. Salvador había empezado a organizar unos cuadros vivos con actores y actrices que representaban escenas surrealistas; de hecho eran lo que más tarde se llamaría *happenings*. Su modelo y actriz preferida, que se convirtió en buena amiga de los dos, fue Amanda Lear, una chica transgénero (el nombre escrito en su partida de nacimiento es Alain Maurice Louis René Tapp, nacido en Saigón en 1939). Durante las cenas Gala estaba ensimismada, no hablaba, no participaba en las conversaciones y generalmente ni siquiera las escuchaba; se refugiaba en su interior. Los comensales no entendían nada; algunos creían que estaba sorda. Pero ella se protegía de tanta mundanidad que le parecía gratuita. Hacía tiempo que no le importaba en absoluto lo que alguien podía pensar de ella.

En aquel entonces había empezado a sentirse como una intrusa en su propia casa, abarrotada de gente. Por eso, el regalo del castillo le vino como anillo al dedo. Gala se retiró en su propiedad en Púbol, la primera en su vida que le pertenecía únicamente a ella. En la novela *La cartuja de Parma* de Stendhal había leído que cuando Fabrizio del Dongo se cansó del mundo, se retiró en la cartuja. Gala se recogió en su castillo como Fabrizio en la cartuja, o como el príncipe Siddharta que, después de haberlo experimentado todo en la vida, de mayor se alejó de la civilización para replegarse en el bosque y llevar una vida contemplativa.

Gala no huyó de Port Lligat, no buscaba un exilio; según su costumbre de toda la vida, deseaba leer mucho, generalmente un libro al día, dedicarse a redactar sus memorias y la novela que tenía pensada y tener tiempo para sus

propios pensamientos en soledad. Y escuchar música, Wagner, pero sobre todo los rusos, Stravinski, Prokófiev y los coros que interpretan canciones folklóricas rusas, para poder soñar con la mansión en la Siberia rodeada de bosques fantásticos de su niñez y con la mirada persistente de Vadim, su hermano mayor.

Entre risas, Salvador le propuso que solo vendría a verla si recibía una invitación por escrito. Ella aceptó. Varias veces a la semana se encontraban en el castillo de Púbol y en su casa de Port Lligat. Gala pasó muchos veranos largos en el castillo, decorado de modo ecléctico pero con mucha sobriedad que tanto contrastaba con la casa de Port Lligat, llena a reventar de pinturas y objetos de toda clase. Fueron unos años felices. Y el cálculo de Salvador fue acertado: cuanto más tiempo pasaba lejos de él, más ganas tenía de reunirse con su «niñito». Se sentía como una dama adorada por su trovador.

COMO SI REVIVIERA EL JOVEN DALÍ

En la próxima foto descubrió a William. El muchacho le gustaba a Salvador por su carácter alegre y su aspecto de efebo. «Androide», según decía él; otro diría afeminado. A ella el joven la cautivó porque le recordaba a Salvador de joven. Se fijó en él en Nueva York, a la salida del metro. El chico buscaba cigarrillos a medio fumar por la calle, el pelo revuelto, la ropa arrugada y un collar colgado en el cuello. ¡Salvador!, pensó ella, ¡Salvador en el año 1929, con un collar en el cuello, que le había regalado ella!

Gala introdujo al chico andrajoso en un taxi amarillo, se sentó a su lado y ordenó al taxista: «Al hotel St. Regis!». Allí se alojaban cada año cuando venían a quedarse, una parte del invierno, en Nueva York, después de pasar unos meses en París y antes de regresar a Port Lligat. En la habitación llenó la bañera con agua caliente y añadió espuma. A través de la puerta él le dijo que se llamaba William pero que sus amigos le llamaban Bill. Will, dijo ella porque Bill le parecía demasiado común. Luego Gala lo llevó a su peluquero y

le compró ropa en la cercana tienda de Yves Saint Laurent. Durante la cena en el restaurante del hotel, el joven le confesó que estaba tomando drogas. Ella lo miró con frialdad, dándole a entender que no estaba dispuesta a escuchar barbaridades por el estilo y le permitió beber el añejo vino francés que ella había pedido solo con la condición de que no tomara nunca más LSD. Se quedó pasmado, pero al final se lo prometió. Observándolo, Gala no podía dejar de recordar al joven Salvador, su mirada chispeante, su risa fresca, su manera de bromear siempre, de buscar que todo el mundo se escandalizara y sobre todo de no parar de hacer bromas surrealistas. Al viajar con William a Cadaqués, los Dalí se quedaban sin palabras admirando su belleza y encanto.

William, o Will, y Gala se besaron por primera vez bajo el balcón de Julieta en Verona. Él tenía veintidós años, ella sesenta y ocho. En su cadillac viajaron a través de Italia y el sur de Francia. Durante unas semanas, mientras ella estaba con Dalí atendiendo su exposición en Madrid y había dejado a William con unos amigos, el joven le mandaba telegramas desesperados:

> Querida Gala, no entiendo nada stop no tomo drogas stop estoy solo y desesperado stop te quiero stop no me dejes stop te espero stop Will.

Y mientras ella estaba de viaje con William, Salvador sufría y le enviaba, también él, cartas angustiadas:

> Querida Gradiva:
>
> Si supieras cuánto deseo verte, cuánto me gustaría tenerte conmigo. Sé muy bien que no puedo retenerte [...], pero siento como si hiciera años que no te tengo. Y he perdido el gusto por la vida, por los paseos, el sol, las mujeres. Solo he conservado el sabor amargo y terrible del amor. Si pudiera estrecharte entre mis brazos volvería a ser el que he sido para ti en algunos momentos. Te adoro, solo tú existes desde toda la eternidad. Mi pequeña Gala, hermosa, querida mía, *moya dorogaya,* mi pequeña, mi amor, me muero de estar sin ti.
>
> Te necesito, mi pequeña Oliveta. No sabes cuánto. Por favor vuelve pronto, Galuchka querida mía.

Gala logró a través de una amiga que Fellini hiciera una prueba a William.

Will sabía que debía pasar la prueba con éxito y lograr que lo aceptaran para que Gala continuara amándole. Por eso durante la prueba estaba tan nervioso que sudaba y se mostró torpe. Fellini no le admitió.

Si había una cosa que Gala no soportaba era el fracaso. Intentó olvidar el asunto, hizo verdaderos esfuerzos, pero no pudo. Se cansó del joven. Entonces pidió a sus amigos, el matrimonio Reynolds-Morse, galeristas de Dalí, que llevaran al joven al aeropuerto y lo pusieran en un avión con destino a Nueva York. *«One way ticket!»*, les recordó. Los galeristas acompañaron a William al aeropuerto y le dieron un billete de ida. Unas semanas después, William volvió a tomar LSD.

ENTREGARSE AL MÁXIMO

Gala se incorpora en la cama y hace un esfuerzo por redactar sus pensamientos: «Busqué hombres –anota–, conservé algunos, amé a unos y a otros, adoré las tierras de este país que no me asusta (como me asusta Rusia), este país de gracia, de hermosa luz a todas horas, de hermosas piedras, base sólida de nuestra civilización, piedras talladas en los cerebros más perfectos, piedras que han formado la piel de este país, piedras de palacios maravillosos, formando las más admirables plazas...».

Gala no desea que la visiten aquellos recuerdos que no estén unidos al hombre que siempre ha amado, Salvador. Sí, hubo años a lo largo de los cuales creyó que podía exorcizar la vejez y la muerte con la frescura de la juventud, con amores nuevos. Pero al final vio claro que era un autoengaño. Ella siempre había sido una mujer de un solo hombre. Lo era en sus flirteos y aventuras que mantuvo con varios hombres, pero sobre todo con los hombres más importantes de su vida, con Paul, con Max Ernst –por eso sufrió tanto en aquella relación triangular– y con Salvador: nunca soportaba más de uno a la vez, porque necesitaba entregarse al máximo y recibir lo mismo. Entregarse a medias o estar entre dos hombres la sacaba de quicio.

Era incapaz de hallarse entre dos personas, de darse a más de uno: por eso nunca tuvo demasiado tiempo para su Cécile, «su pequeña», como se referían a ella con Salvador, que vivió con su abuela y luego con sus cuatro maridos e hijos, ni para su madre y para su padre que la adoraba. No podía. Su capacidad emocional no admitía a más de una persona. Pero es cierto, recuerda, que a lo largo de su vida ha mantenido una intensa correspondencia con todos sus seres queridos, desde Paul y Cécile hasta su padre, y que todos ellos la comprendieron y la amaron. Sus cartas a Cécile intentaban ser siempre muy cariñosas y Salvador también se llevaba muy bien con su hija; eran amigos, solo los separaban catorce años.

¿Por qué pues tendemos siempre a buscar la ilusión en la otra orilla? ¡Si ella tenía la dicha al alcance de la mano! ¡La plenitud había estado allí para ella! ¡Salvador siempre la esperaba con tantas ganas como al principio, con tanto anhelo que temblaba de impaciencia! Siempre esperaba a su Gradiva, su Galatea, su Galuchka, su Oliveta. ¿Por qué, pues, buscaba ella la ilusión en otra parte?

¿Por qué? Por una promesa de un soplo de juventud, un último soplo, vago y tímido.

No. No es que haya deseado realmente quedarse sola en el castillo de Púbol, rodeado de un parque, que Dalí le regaló. Lo que le pasaba era que temía quedar abandonada, enferma, sin dinero, al igual que si Dalí buscaba la fama era porque nunca ha dejado de ser tímido e inseguro. A causa de ese pánico desde jovencita viajaba con un maletín lleno de medicamentos. De ahí su rapacidad, la necesidad de poseer más y más dinero, y dinero líquido; solo recibía billetes, no se fiaba de las transferencias, y por ello André Breton la llamó, a ella y a Salvador, AVIDA DOLLARS, un anagrama creado con las letras del nombre de Salvador Dalí. ¿Por qué a veces padecía de ese temor irracional? ¿Realmente podría quedar enferma, pobre, abandonada, desamparada? En un relámpago de recuerdo vio una ventana en la oscuridad, la vida al otro lado, el iluminado, mientras que ella dentro de la habitación tenebrosa temblaba de miedo... Intentó aclararlo para sí misma. Quizá todo tenía su origen en la escarlatina que padeció de niña, cuando tuvo que guardar cama un mes y medio. Y luego, aún convaleciente...

«Llegó el momento de desinfectar el piso –recuerda Gala–, así que me llevaron a pasar dos días en un hotel. Nunca antes había entrado en un sitio así, y fue la primera vez en mi vida que pasaba la noche en un establecimiento semejante. Por la tarde mi madre tuvo que salir con la niñera para ordenar la casa y organizar el regreso de mis hermanos y de mi hermana, de manera que me quedé sola en el cuarto del hotel, que me pareció un lugar siniestro e incluso espantoso. Al anochecer, no sabiendo cómo prender la luz, permanecí en la oscuridad, encaramada a la ventana para mirar la animación y las luces de la calle y sentirme menos sola, y no entregarme a las pavorosas ideas de abandono que me asaltaban. Y cuántas veces, después, he tenido esos terrores, primero, de ser súbitamente abandonada en las estaciones por mis padres, que se escapaban bajo diversos pretextos, fuese para comprar unos billetes, unas naranjas o los periódicos. Más adelante, a ser abandonada por mi padre con mis hermanos y mi hermana para acabar con aquella vida de disputas, de escenas, de rencores, la vida de familia desunida que vivíamos, y más adelante a ser abandonada por mi madre sin el menor pretexto o por los hombres que me amaron y a los que amé. Por otra parte este temor se realizó ya una vez de la manera más inesperada y más deslumbrante que se pueda imaginar. Y pienso que desgraciadamente en mi próximo porvenir me esperan otros abandonos.»

Es por eso que, desde que se descubrieron los tranquilizantes, ella era una de las adeptas al Meprobamato. Rápidamente vuelve a sus pensamientos: Abandonos involuntarios, también. Recuerda la súbita enfermedad de Salvador, en Nueva York donde efectivamente cayó cruzando la calle, cosa que siempre había temido. Cuando volvieron a España, parecía como si tuviera cien años, el hombre más anciano del planeta. Entonces creía que la dejaría, que la muerte se lo llevaría. No podía parar de llorar.

«Porque los terrores siempre son confirmados por los hechos –piensa–. Las desgracias que tememos siempre acaban por llegar, porque todo termina con la vejez degradada, de la que lo único que viene a rescatarnos es que cada uno tenemos nuestra propia muerte.»

IT'S TIME TO BE A LITTLE RIDICULOUS

En esta foto en color, hoy descolorida, está ella, sentada en el sofá claro de su suite en el hotel St. Regis. Se la ve elegante en su conjunto oscuro de Elsa Schiaparelli. A principios de los sesenta ella todavía solía leer en los ojos de los hombres que era atractiva. Salvador a su lado está apoyando las manos en su bastón. En otro sofá distingue a un joven moreno muy apuesto. ¿Quién era? Probablemente un periodista, hay una grabadora y un cuaderno sobre la mesita, junto a sus tazas de té y platos con galletas. Gala recuerda el sabor de aquellas pastas dulces que se deshacían en la boca y entrecierra los ojos. Pero este periodista era diferente de los demás, recuerda súbitamente. ¡Era soviético, claro!

Salvador había deseado obstinadamente recibir al periodista del *Izvestia*, uno de los dos diarios oficiales del partido comunista soviético. Gala estaba sorprendida: en vez de un gris *aparatchik* había comparecido un joven con aplomo, vestido a la última moda occidental. «Melor Sturua», se presentó. Un nombre georgiano, reconoció ella: proviene de la nación de Stalin, seguramente estará orgulloso del líder, aunque este ya lleva más de una década en la tumba.

Gala se acuerda que puso cara de pocos amigos, a pesar del buen aspecto del periodista, cuando este preguntó:

–Mr. Dalí, ¿qué opina del arte contemporáneo soviético?

La pregunta la llenó de furia. ¿Qué debería pensar? Todo el mundo sabe que la pintura soviética es de un kitsch espantoso, fruto de la dictadura soviética que no admite imaginación. A pesar de que sabía controlar cada músculo de su cara hasta el punto de que la gente la consideraba una esfinge, su irritación se habría marcado en su rostro porque el periodista la miró con una leve preocupación. Entonces Dalí se puso a discursar:

–Su realismo socialista, señor Sturua, tiene una grandiosa misión, la de conservar para las generaciones que vendrán el arte de dibujar y de la pintura figurativa. En Occidente este arte ha desaparecido, o casi. Cuando la

humanidad despierte y desee regresar a sus orígenes, vuestro realismo socialista les ayudará a construir los puentes hacia el futuro, salvaguardará los genes del arte figurativo.

Gala recuerda que no pudo soportarlo más y exclamó con irritación en inglés:

–No le escuche, ¡por favor!

El periodista, en cambio, animó a Salvador a que continuara. Hablaba el inglés a la perfección, parecía como si hubiera estudiado en el King's College de Oxford. Gala empezó a desconfiar de él y le pidió su acreditación. Él le alargó su carné y, efectivamente, era del *Izvestia*. A Gala le parecía un espía que sabía camuflar perfectamente su identidad, un espía de película, guapo y elegante. En ese momento se le veía ligeramente perplejo porque no sabía si Dalí hablaba en serio o se burlaba de él. Salvador prosiguió, divertido, cosa que captaba solo ella:

–Me es absolutamente indiferente si en las telas se retrata a los papas, a los dogos o a los déspotas. Lo que me interesa es el carácter humano y su representación. Los cuadrados negros no expresan nada, solo la degeneración del arte. Es geometría y no pintura. Y Stalin lo entendió bien.

Fue entonces, Gala lo recuerda perfectamente, cuando ella saltó:

–No puedo más. ¡No le escuche, ya basta!

Lo dijo en ruso, aunque se había jurado no soltar ni una palabra en su idioma materno. Y añadió:

–El realismo socialista huele a cementerio.

El periodista mostró cierta comprensión por sus palabras; sonrió y le contestó con un tono tranquilizador, también en ruso. Su sonrisa era de muchacho, y si se tratara de un hombre de otra parte del mundo, la hubiera desarmado. Pero este joven le producía desasosiego. Cuando Salvador volvió a hablar, Gala, que odiaba sus payasadas, dijo a media voz, como un mensaje a su esposo:

–It's time to be a little ridiculous.

Pero no consiguió pararlo. Dalí se divertía de lo lindo.

El malestar de Gala creció cuando Melor Sturua les contó su visita a la Casa Blanca. Entonces Dalí explicó riendo que los retratos de los políticos

que se pueden apreciar en la Casa Blanca también estaban realizados en el estilo del realismo socialista. Resultaba claro que, después de tres horas de conversación, el periodista empezó a entender que Dalí mezclaba la burla con afirmaciones surrealistas, salpicadas con destellos de seriedad. Gala tenía ante sí a un periodista perspicaz y dotado.

Al final del encuentro Gala acompañó a Melor Sturua a la puerta. Le dio la mano para despedirse, él la saludó en ruso y le regaló una sonrisa que expresaba complicidad. Ella cerró la puerta tras él con alivio. Hubiera preferido a un *aparatchik* descarado que a ese joven elegante que la había desconcertado. Espiró hondo.

LA ALEGRÍA QUE HIERE

Gala deja las fotos en la mesita. Está inmóvil en la cama. Mira el techo del dormitorio y piensa: «¿Cómo se las arreglará Salvador cuando yo no esté? Se va a hundir en la depresión. ¿Quién podría sustituirme? Nadie, claro. Aunque...».

Con una mano coge el auricular, con la otra marca el número. Nadie contesta. Pero, ¡Gala tiene que hablar con ella! Vuelve a marcar el número de Amanda, esa buena amiga cuyo nombre inventó Salvador: Amant de Dalí, Amanda Lear, así aproximadamente sonaría en catalán. A la tercera llamada contesta una Amanda cansada; la cantante está de gira. Según su costumbre Gala no se anda con rodeos y dispara directamente:

–¡Júrame que si me muero te casarás con Dalí!

Amanda se queda sin palabras.

Al haber hablado con Amanda, Gala se siente ligera. Entre el rumor de las olas escucha o intuye las pinceladas en el lienzo de Salvador que estos días pinta siempre a su lado. Debe haber entrado después de su llamada telefónica. La anciana vuelve a mirar el techo y musita para sí misma:

«Lo más esencial para mí siempre ha sido el amor. Es el eje de mi

vitalidad y de mi cerebro, el resorte que me lanza hacia delante con elasticidad y agilidad, con más claridad y precisión en todos los movimientos de mis sentidos, de mis impulsos, de mis conocimientos. [...]

»¿Qué es el amor? En primer lugar es la pérdida del peso, luego la ascensión ligera, segura, de un vuelo directo; es el tormento que lo invade y cubre todo como una cúpula gigantesca; es detestar las separaciones; es un estrecho sobre cerrado, es una angustia infinita junto a una generosidad ilimitada; es la velocidad incalculable de un bólido y la inmovilidad de un muerto; la fijeza, la desesperación, la duda, la decadencia, la alegría extrema, sin lindes, la alegría que te hiere y te clava en tu sitio, alegría inmensa. Fe sin verificación, admiración vivificante. Es fuerza inagotable, fuerza incansable, fuerza en bloque; es la ternura de una piel suave, es la voluntad del diamante, el deseo del hierro noble, grave, rudo, hierro lavado de sangre caliente, de sangre clara y rápida, pura como un torrente cargado de piedras lavadas y alimentado de agua de las cimas nivosas. Es el dolor de lo incomparable, es el dolor de la división, la desesperación del paso del tiempo, la conciencia amarga de la imposibilidad de fijar la instantaneidad suprema.»

UN SORBO DE AGUA

Gala se despierta a la madrugada. Se gira para tomar un sorbo de agua, pero el pintor ha oído sus movimientos. Rápidamente aparta la manta, se levanta de su cama y se acerca de un salto para levantarla y ayudarle a beber. Ella le susurra algo en ruso; últimamente al dirigirse a sus seres más cercanos le sale el ruso. Él se siente halagado pero al mismo tiempo percibe que el círculo se está cerrando. Por sus gestos el pintor entiende que a su mujer le gustaría ver el mar, el cielo, la salida del sol. Con la ayuda de la asistenta, Salvador la sienta en un sillón de cara a la ventana. Ella observa ese cielo cuyo enigma la envuelve toda. La arropa. Como la ha arropado en tantos cuadros de Salvador.

Despunta el alba. Él se pone a preparar el lienzo y los pinceles para

ponerse a trabajar cuando se haga de día. De vez en cuando la mira. Sonríe cuando piensa en los últimos días: había llamado a un cura para que administrara a Gala, profundamente creyente, la extremaunción, pero como no quería que la enferma se diera cuenta de que la consideraban agonizante, el cura se tenía que esconder detrás del amigo Antoni Pitxot, alto y vigoroso, y ejercer sus ritos detrás de la espalda de este.

Mientras tanto Gala mira el mar que cada vez se vuelve más luminoso y piensa: «El amor es la plenitud del reposo, la negación del deber. Es el deseo insaciable de abrumar con dones mágicos, es un lecho llano, elástico, a la sombra del gran árbol que se inclina sobre ti; es la pequeña luna luminosa que lo promete todo».

Gala ha resbalado de su posición sentada y ahora está medio acostada. El mar con su islote ha desaparecido de su campo de visión y lo ha sustituido el cielo, un cielo azul profundo, iluminado por el sol que sube rápidamente. Y las cumbres del cabo de Creus, bañadas en la luz amarillenta como si estuvieran cubiertas de ginesta en flor, donde tanto le gustaba pasear. Pronto el sol alcanzará el cénit del mediodía.

«Y, en fin, el amor es el cielo –se susurra a sí misma–, que abre sus grandes brazos para cubrirte con su profundo azul, bañándote con su azul consolador, su envolvente azul, que permite que hasta un herido de muerte respire.»

El pintor echa una mirada a su mujer y ve que está observando el cielo sin parpadear. Se le acerca y no percibe su respiración. Su mandíbula inferior se ha aflojado hasta dejar sus dientes al descubierto y su rostro se ha teñido del color del marfil. Parece un muñeco de los que vio de jovencito en el museo de la cera de París. Al tomarle la mano el pintor advierte que está fría y que el pulso se ha detenido. Se le ocurre que según los hindúes solo las buenas personas mueren sin sufrimiento.

*

Después de la muerte de Gala, en junio de 1982, Dalí se quedó indefenso como un niño. Se encerró en el castillo de Púbol, donde siguió pintando; ansiaba la presencia de su mujer y prefería vivir rodeado de su intimidad. Allí pintó su último lienzo: la cola de la golondrina. Cada día al atardecer escuchaba *Tristán e Isolda*, de Wagner, esa ópera sobre una trágica pasión amorosa. Al final de su vida se trasladó al Teatro-Museo Dalí en su ciudad natal de Figueres donde, como el filósofo renacentista Montaigne, vivió encerrado en una torre, la Torre Galatea.

Bibliografía utilizada

GALA DALÍ, *La vida secreta. Diario inédito*. Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2011.

SALVADOR DALÍ, *Journal d'un génie*. Gallimard, París, 2016.

—, *La vie secrète de Salvador Dalí*. Gallimard, París, 2015.

—, *La Femme visible*. Éditions Surréalistes, París, 1930.

ESTRELLA DE DIEGO, *Querida Gala. Las vidas ocultas de Gala Dalí*. Espasa, Madrid, 2003.

DOMINIQUE BONA, *Gala*. Tusquets, Barcelona, 1996.

IAN GIBSON, *Luis Buñuel. La forja de un cinesta universal*. Aguilar, Madrid, 2013.

—, *Vida, pasión y muerte de Federico García Lorca*. Plaza y Janés Editores, Barcelona, 1998.

—, *La vida desaforada de Salvador Dalí*. Anagrama, Barcelona, 1998.

PAUL ÉLUARD, *Cartas a Gala*. Tusquets, Barcelona, 1984.

ANASTASIA TSVETÁIEVA, *Vospominania*. Zhenskii portret epokhi. AST, Moscú, 2015.

Índice

I

La montaña mágica
El acontecimiento que trastornaría la vida
Viaje a través de los paisajes de la guerra
La vida está en la otra orilla
Eternamente hermanos
Entre poeta y pintor
Pintar a Gala
El gran pie de mármol perdido en una callejuela de Roma
Indochine mon amour
La bruja y el demonio
Este no es su país
Los juegos peligrosos de antaño
Con Marina y Asia en un café de París

II

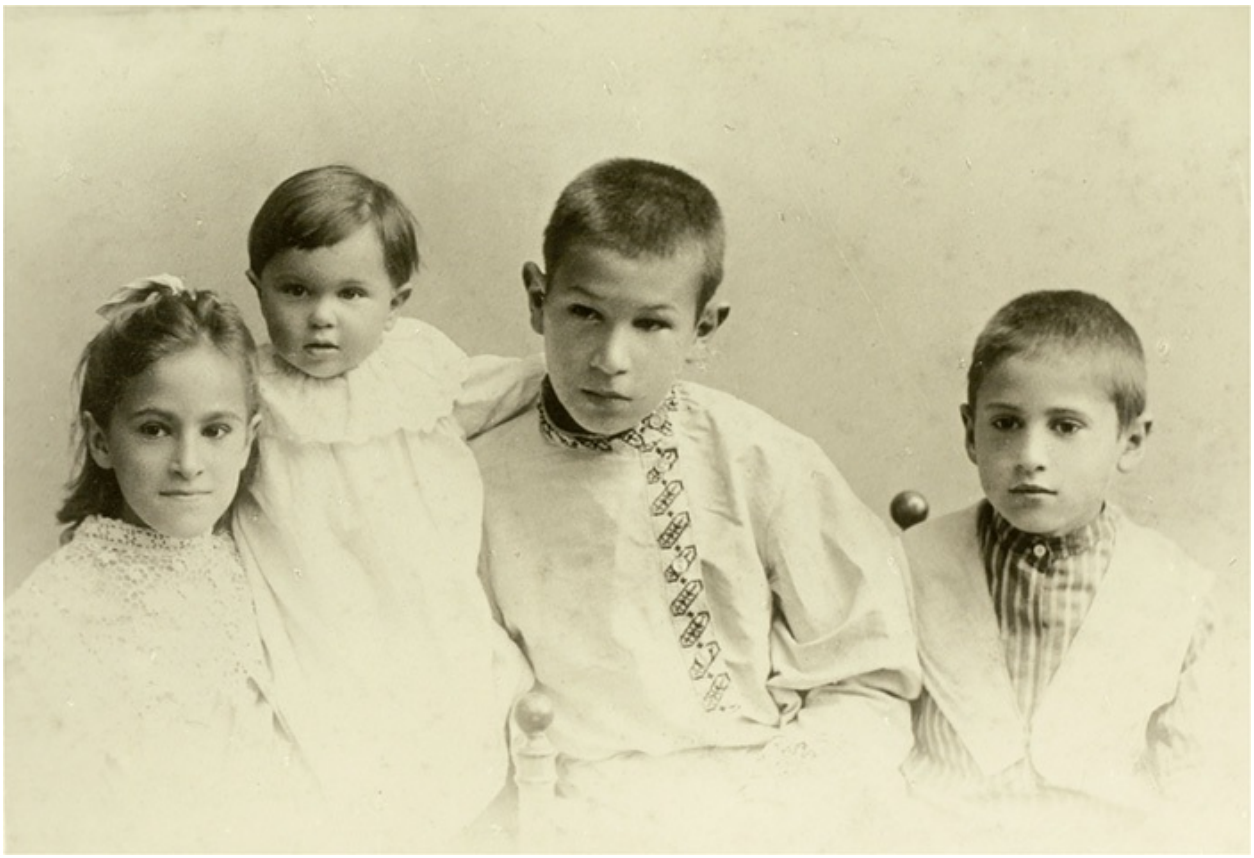
Un verano en la Costa Brava
Un paseo por los acantilados
Dos amigos y Gala
Vestidos de blanco para un baile en las rocas
Tren nocturno a París

Un otoño en Sitges
Una choza para contemplar la eternidad
Un langostino en el auricular del teléfono
Primero siento, luego veo
Una invitación a cenar
Huir de España
Del barrio popular a la *Rive Gauche*
El éxodo
Refugiados en medio de un bosque centenario
Una heroína rusa

III

La velocidad de la vida
El patriarca
Buñuel en la playa
Marina
Asia en París
Paul
El castillo
Como si reviviera el joven Dalí
Entregarse al máximo
It's time to be a little ridiculous
La alegría que hiere
Un sorbo de agua

Bibliografía utilizada



1. Gala y sus hermanos: Lidia, Vadim y Nikolái, *c*. 1904. Archivo de la Fundació Gala-Salvador Dalí, Figueres

2. Gala con su hermano Nikolái y su hermana Lidia, *c*. 1910. © Biblioteca Emmanuel Boussard, Londres

3. Gala adolescente en Rusia, estudio A. Steiker, *c*. 1910.
© Biblioteca Emmanuel Boussard, Londres

4. Las hermanas Anastasía y Marina Tsvetáieva, 1911

5. Portada del libro del padre de Gala, *Jurisprudencia catastral*, de 1927

6. Gala y Paul Éluard en el sanatorio de Clavadel, 1913.
© Biblioteca Emmanuel Boussard, Londres

7. «Para el *mardi gras*, Gala decidió que ella y Paul llevarían el mismo traje: el de Pierrot. Entre las Carmen de Bizet, los maharajás y las Cleopatra destacaba una pareja vestida de blanco y negro: con las caras maquilladas, las cejas arqueadas y los ojos pintados con rímel, ambos jóvenes iban cogidos de la mano y bailaban siempre juntos como un solo cuerpo indivisible; no se distinguía al hombre de la mujer, ambos eran seres andróginos y asexuados como dos ángeles, como una sola persona reflejada en el espejo.» Archivo de la Fundació Gala-Salvador Dalí, Figueres

8. «En uno de los permisos, Paul y Gala se casaron; fue el 21 de febrero de 1917. Gala tenía veintidós años; Paul, veintiuno. Se casaron primero en el ayuntamiento del barrio, luego en la iglesia parroquial de Paul, cuyos fundamentos databan del siglo V. Gala llevaba un vestido verde –tonos oscuros armonizaban con la época de guerra– con el cuello y los puños adornados con un encaje blanco que iluminaba la tez morena de la novia.» © Biblioteca Emmanuel Boussard, Londres

9. «Paul enseñaba al grupo unas fotos en las que su mujer, Gala, que se había ido por su cuenta a Lugano, posaba desnuda. Todos contemplaron las fotos en silencio como quien valora y aprecia unas obras de arte.» © Biblioteca Emmanuel Boussard, Londres

10. «En la semana de Pascua de 1922, ambas parejas se encontraron en los Alpes para esquiar juntas. En una foto sacada durante esas vacaciones, una Gala vestida a la última moda de esquí –falda larga, pelo corto y mullido, jersey grueso y una armilla hasta la cintura– se mantiene en sus esquís entre Paul y Max, aunque más cerca de Max, como si ellos fueran la pareja mientras que Paul, un soñador, no los acompañara del todo. Lou no figura en la imagen, seguramente fue ella quien sacó la fotografía.»

11. Gala, Max Ernst, Jimmy y Louise Ernst, Paul Éluard y Johannes Baargelg, en el estudio de Max Ernst en Colonia, 1921
© Biblioteca Emmanuel Boussard, Londres

12. Gala, *c*. 1929. © Biblioteca Emmanuel Boussard, Londres

13. Cécile Éluard, Gala, Max Ernst y personaje no identificado en Eaubonne, *c*. 1923. Archivo de la Fundació Gala-Salvador Dalí, Figueres

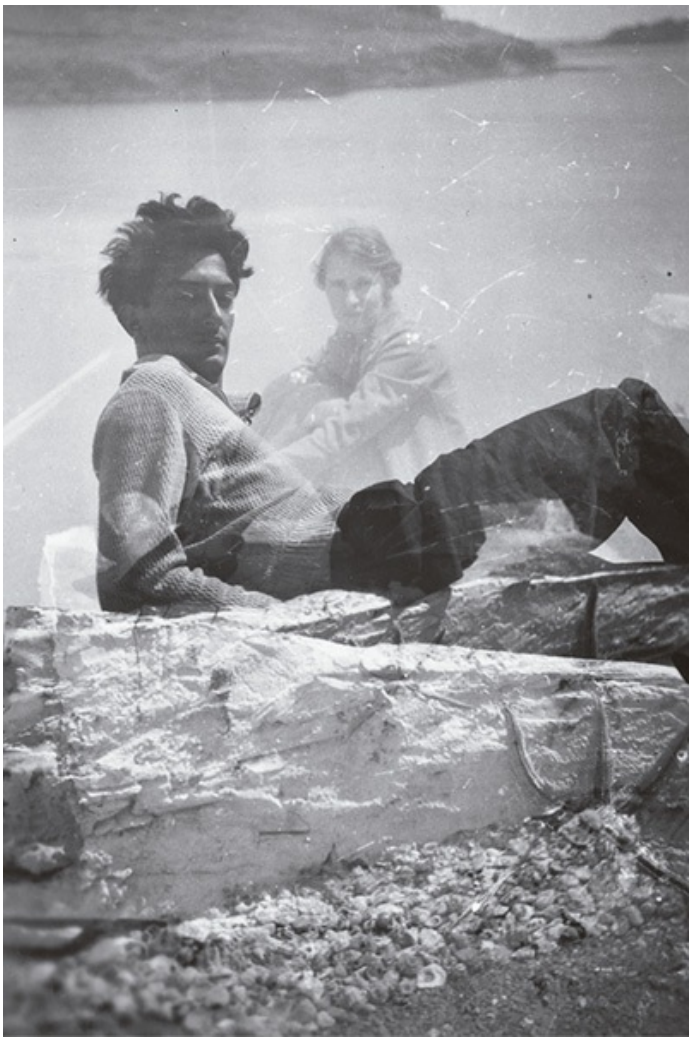
14. Max Ernst, Giorgio de Chirico, Gala Éluard y Benjamin Péret en la feria de Montmartre, París, 1924. © Getty Images

15. Gala, *c*. 1925. © Biblioteca Emmanuel Boussard, Londres

16. Salvador Dalí y Federico García Lorca en Barcelona, 1927. © Piero Oliosi / Polaris / Contacto

17. Salvador Dalí, Paul Éluard y Gala en Carry-le-Rouet, 1930. Archivo de la Fundació Gala-Salvador Dalí, Figueres

18. «Salvador llevó a Gala a Port Lligat, una pequeña aldea de pescadores a poca distancia de Cadaqués. […] Lidia les dejó una choza de veintiún metros cuadrados de su propiedad, sin electricidad ni agua corriente.»



19. Autorretrato fotográfico de Salvador Dalí en Cadaqués con una foto de Gala Éluard sobreimpresionada, *c*. 1930. Archivo de la Fundació Gala-Salvador Dalí, Figueres

20. «Evocó también la llegada a Cadaqués de Paul con una amiga, Nusch, una jovencita bonita y tierna. Sin embargo Paul solo tenía ojos para Gala y aunque ella no quisiera darse por aludida, los poemas que escribió no dejaban lugar a dudas.» Archivo de la Fundació Gala-Salvador Dalí, Figueres

21. Salvador Dalí y Gala a bordo del *S. S. Normandie* hacia Nueva York, Acme, diciembre de 1936. Archivo de la Fundació Gala-Salvador Dalí, Figueres

22. Gala y Salvador Dalí, 1936. Archivo de la Fundació Gala-Salvador Dalí, Figueres. © The Cecil Beaton Studio Archive at Sotheby's

23. «Cada vez más, Gala no solo servía de modelo sino que también ayudaba a confeccionar los objetos surrealistas y las esculturas.» Archivo de la Fundació Gala-Salvador Dalí, Figueres

24. «Gala conducía maravillosamente bien el cadillac azul oscuro que hicieron traer desde Estados Unidos y que había hecho furor al descargarlo en el puerto de una Barcelona de posguerra.» Archivo de la Fundació Gala-Salvador Dalí, Figueres

25. Gala y Salvador Dalí en la época en que el pintor escribía *50 secretos mágicos para pintar* en el hotel del Monte Lodge, 1947. Archivo de la Fundació Gala-Salvador Dalí, Figueres

26. «En esta foto está ella con Salvador y su padre. Al regresar de Estados Unidos, en 1948, Salvador se empeñó en llegar a la casa paterna como un triunfador. Y así lo hizo. […] Salvador lleva aquella camisa oscura y estilizada con un toque vaquero pero refinado que tanto le gustaba. Fue entonces cuando el temible Salvador Dalí padre –había desheredado a su hijo y había mandado a la guardia civil a echarlos, a Salvador y a ella, Gala, fuera de Cadaqués– dejó de tratarla como a una intrusa.» Archivo de la Fundació Gala-Salvador Dalí, Figueres. Fotografia de Batlles-Comte

27. «En la próxima foto descubrió a William. El muchacho le gustaba a Salvador por su carácter alegre y su aspecto de efebo. “Androide”, según decía él; otro diría afeminado. A ella el joven la cautivó porque le recordaba a Salvador de joven. Se fijó en él en Nueva York, a la salida del metro. El chico buscaba cigarrillos a medio fumar por la calle, el pelo revuelto, la ropa arrugada y un collar colgado en el cuello. ¡Salvador!, pensó ella, ¡Salvador en el año 1929, con un collar en el cuello, que le había regalado ella!». Archivo de la Fundació Gala-Salvador Dalí, Figueres

28. «“¿Cómo se las arreglará Salvador cuando yo no esté? Se va a hundir en la depresión. ¿Quién podría sustituirme? Nadie, claro. Aunque...” Con una mano coge el auricular, con la otra marca el número. Nadie contesta. Pero ¡Gala tiene que hablar con ella! Vuelve a marcar el número de Amanda, esa buena amiga cuyo nombre inventó Salvador: Amant de Dalí, Amanda Lear, así aproximadamente sonaría en catalán. A la tercera llamada contesta una Amanda cansada; la cantante está de gira.

Según su costumbre Gala no se anda con rodeos y dispara directamente: –¡Júrame que si me muero te casarás con Dalí!»

29. Gala y Dalí, 1980. © Getty Images